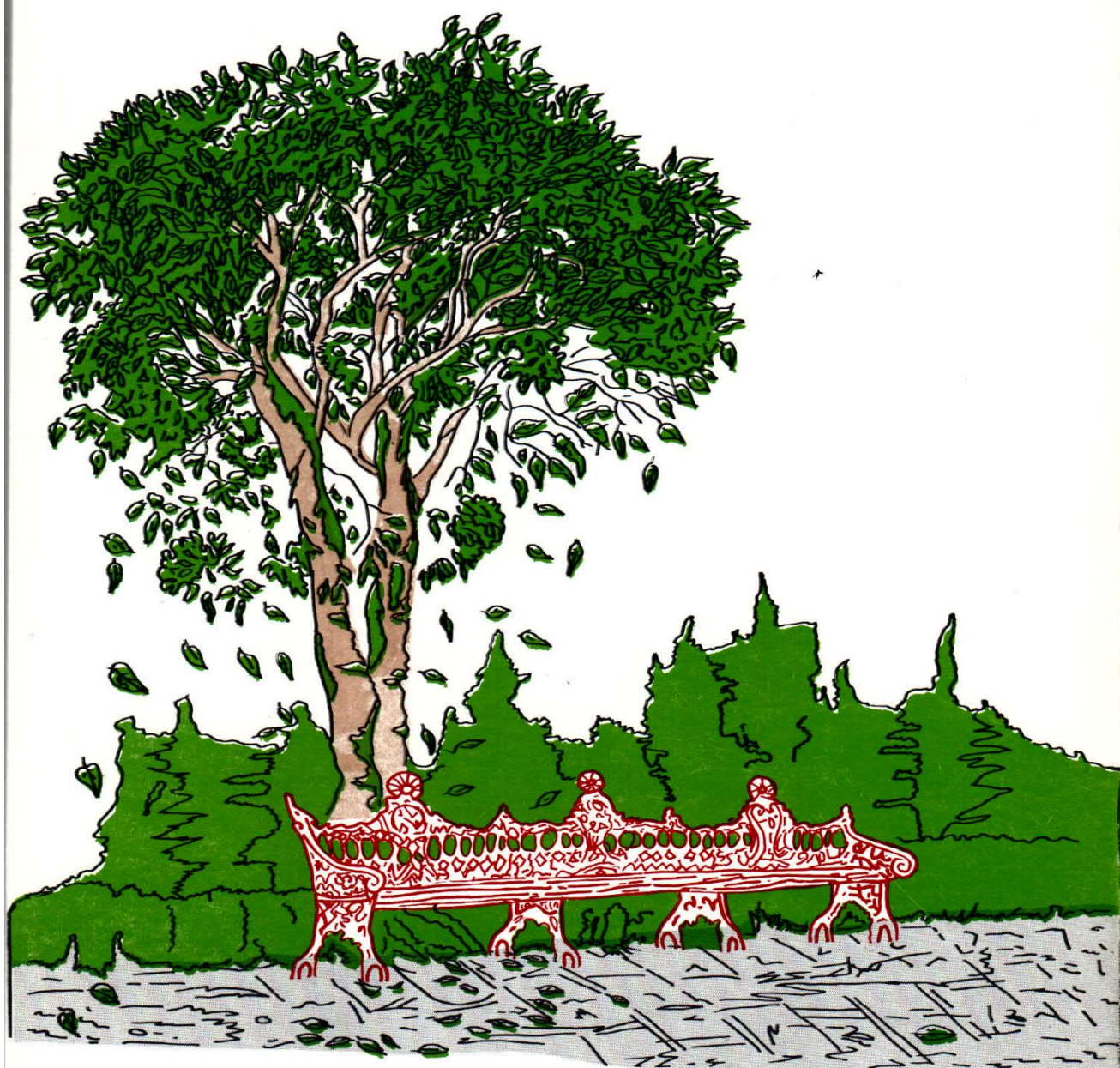


La Banca Roja



Manuel López Pérez



Manuel López Pérez nació en Santa Fe del Río, municipio de Penjamillo, Mich., el 29 de octubre de 1910. Estudió en el Seminario de Morelia y, posteriormente en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Ha ocupado importantes puestos públicos y docentes en su estado natal, entre ellos, Secretario General del Comité Directivo Estatal del PRI, Secretario de Cultura, Senador Suplente de la República de 1964-1970 y 20 años de Catedrático en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

En Guanajuato, durante las administraciones de Melchor Ortega y Manuel M.

LA BANCA ROJA



MANUEL LÓPEZ PÉREZ

ÍNDICE

PRÓLOGO V

LA BANCA ROJA 1

SESIONES DE LA TRIBU

LA MUJER 75

EL CRISTIANISMO 89

LO QUE LE PASÓ A GALILEO 99

LA BIBLIA 107

LA REENCARNACIÓN 115

LOS POETAS 125

LA DEMAGOGIA 137

PRÓLOGO

Por Marco Antonio Aguilar Cortés

Lo conocí en 1961; él llevaba a cuestas cincuenta y un años de edad y, a su lado, a su inseparable compañera: doña Josefina. Ambos eran, tomándose un café en una mesa moreliana y portalera de El Casino, circunstanciales vecinos de un grupo estudiantil tan discutiador, que el debate para sus integrantes resultaba, más que un constante fin, un apreciado medio.

Manuel López Pérez y su esposa pasaron desapercibidos para aquellos inexpertos y pasionales polemistas de café. Empero, en contrapartida, para ese hombre maduro lo controvertido por los jóvenes vecinos llamó su atención. Dos actitudes le provocamos; en la primera, reconoció en nosotros sus tiempos pasados; en la segunda, reactivó su inquietud magisterial. Así se presentó con una voz tan llena y grave como su propio rostro, a efecto de aportarnos sus opiniones sobre el perspectivismo de José Ortega y Gasset y el irracionalismo visualizado por Georg Lukács, ya que estos temas formaban parte de la disputa.

Obvio, deshizo la reunión. En aquellos tiempos, con menos de 20 años de edad y una soberbia sobrada, era una verdad que nos repetíamos a cada rato: “desconfía siempre de un treintañero”, y don Manuel rebasaba con creces tan radical señalamiento para sernos confiable.

Sólo yo seguí, con recelo, conversando con él. De esta forma conocí a doña Josefina, quien había permanecido prudente en su respectiva mesa; y supe que ese hombre corpulento, de cabello fuerte, lacio y erizado de la frente hacia la nuca, tenía una cultura sólida, vasta y, además, había sido compañero y amigo de mi padre en el seminario.

A pesar de la diferencia en edades, simpatizamos, y logré tener en él un amigo y un maestro.

Dejó esta vida en el mes de septiembre de 1988, a causa de una enfermedad extraña, pero fatal: perdió el interés por todo. Así lo hizo saber a sus familiares y a sus amigos.

El 18 de enero de 1964 el autor de La Banca Roja me dedicaba, de su puño y letra, un ejemplar de este libro: “A mi gentil amigo el joven abogado Marco Antonio Aguilar Cortés, con la seguridad de que habrá de cuajar en su espíritu el mensaje de esta obra...”.

A más de treinta y cuatro años de distancia de escritas aquellas líneas, esa seguridad premonitoria de que el mensaje de La Banca Roja cuajaría en mí, exige una prueba: la familia del maestro López Pérez me ha pedido prologue una nueva edición del libro. La invitación la acepto con humildad, y con responsabilidad la cumplo, sabiendo que la tarea no tiene nada de fácil, pero sí mucho de grata.

Debo aquí reconocer, y saludar con aplauso, la acertada determinación del inteligente y sensible gobernador de Puebla, Manuel Bartlett Díaz, para que esta edición esté a cargo del gobierno de aquella entidad federativa. Puebla fue, para aquellos jóvenes oradores del 29, el altar de la Patria a donde llegaron para depositar su galana palabra; y ahí, y entonces, Alejandro Gómez Arias expresó: “toda palabra es amor, lo mismo en una cuna que en la escala de Julieta en las noches de Verona”. Además, el reconocimiento a la obra del maestro López Pérez trasciende más allá de su terruño, lugar en donde se dieron los hechos que con gracia y estilo aquí se narran.

Porque aquí, en La Banca Roja, se da noticia de hechos ciertos que ocurrieron de los años veinte a los cuarenta de este siglo, en una de las bancas de hierro fundido ubicadas por aquel entonces en la plaza principal de Morelia, a la

que un Ayuntamiento, con sentido humorístico, mandó pintar de rojo, todo debido a que quienes ahí se reunían formaban la tribu maledicente del idem don Alberto Trécani.

Esa peña establecida en vía pública –por un puñado de masones, socialistas, anarquistas, y todos los demás “istas” que traían aparejado escándalo por aquellos tiempos– provocaba persignaciones y molestias en las buenas conciencias de una ciudad que ha sabido sostener a una parte de su población en costumbres conservadoras.

Empero, en aquellas polémicas placeras, en aquel hablar mal de Dios, de la iglesia, del gobierno, del prójimo, en aquellas palabrotas que iban desde un “pendejo” hasta una sonora “mentada de madre”, también encontramos razonamientos sobre diversos e interesantes temas; amén de que esa banca y sus ocupantes fueron un ingenuo piloto que desfogaba las inconformidades morelianas, en su calidad de sitial metálico y de voceros críticos productores de regocijados comentarios.

A todos los personajes los pone a desfilar, el autor, en la pasarela del decir. Todos los miembros de La Banca Roja, y los lectores que hemos sido de este libro, debemos agradecer a Manuel López Pérez que, a los primeros, los

haya apoyado para salvarlos del olvido y, a nosotros, los segundos, nos haya proporcionado una gratificante literatura y una información veraz de esa minucia histórica de especial importancia.

López Pérez pensó, antes de la primera edición de La Banca Roja en el año de 1961, que esta obra sería “un libro prohibido”. Es cierto que hubo dictadores que mandaron quemar todo libro que contuviera algo rojo, como también es verdad que el viejo y alto clero de nuestro país suele tener la piel sensible; sin embargo, nada existe en este libro para que lo convierta en vedado.

En esta segunda edición se incluyen las reformas y ampliaciones que el autor le hizo a su obra. Refinó, amplió y profundizó, con esa labor, el texto original.

Algo curioso me pasa al escribir este prólogo para la segunda edición de La Banca Roja de Manuel López Pérez, mi obligación vence de nueva cuenta sobre mi querencia. Mi deseo es seguir escribiendo sobre el hombre y la obra, pero mi deber es concluir.

Morelia, Mich., desde donde se observa el lugar que ocupó La Banca Roja, a 15 de junio de 1998.

LA BANCA ROJA

Hubo un Ayuntamiento moreliano que mandó pintar de rojo la banca —una banca como las que actualmente se encuentran en el jardín de Capuchinas, de las que se dice que son las que antes se encontraban en la plaza de los Mártires— que todas las tardes y también en las mañanas, cuando por descanso concedido entonces por razón religiosa o bien por suspensión de labores oficiales de acuerdo con el calendario cívico, ocupaba don Alberto Trécani, Jefe de la Sección de Archivo del Gobierno del Estado desde hacía tantos años, que nadie recordaba cuándo se había dado de alta en las huestes burocráticas. Cada vez que el señor Trécani ocupaba la banca era rodeado por sus amigos, ya que éstos por similares razones concernientes al ocio de que gozaban, en tan grata y docta compañía, a la vez que dedicados a disertar —solistas académicos del ágora moreliana— o conversar —conjunto orquestal sinfónico que daba unidad a la rica gama de temas a tratar— coincidían en las fechas y horas de reunión, como si su presencia fuera sincronizada por un ineludible espíritu de obediencia a terminante citatorio. A esta peña de amigos a cuyas posaderas ofrecía descanso por turnos la banca más próxima a la esquina noreste interior del jardín, se le había llamado, desde la ocurrencia pictórica

del H. Ayuntamiento, la Tribu de la Banca Roja. De esta Tribu era Jefe indiscutido e indiscutible, el tacambarenses don Alberto Trécani, conocido también por “El Rey de la Mentada”. En la Tribu formaban gentes de muy distinto origen social y de estructuraciones mentales disímbricas. Por eso las sesiones de la peña eran algo matizado y los discursos o los diálogos eran alterables, cambiantes como las imágenes que nos regalan los proteísmos del kaleidoscopio. La tónica, el principio de identidad ideológico la daba el Jefe de la Tribu a quien puede definirse como un catequista malhablado, masónico y revolucionario. Catequista, porque no era un expositor desinteresado: quería formar opinión, buscaba prosélitos, aunque sin sujetarlos a control formal alguno: simplemente quería imponerles —en el sentido de crearles un hábito mental— lo que estimaba como verdades incontrovertibles. Masónico, hemos dicho, porque don Alberto con su sangre italiana —sus ascendientes fueron simpatizadores de Garibaldi y en sus filas combatieron por lograr la consolidación de la nacionalidad itálica— había traído al mundo, bajo el cielo de México, las convicciones e impulsos de los carbonarios de Mazzini; y también hemos calificado al propagandista revolucionario, porque Trécani estaba identificado —nada raro con sus antecedentes— con la Revolución Mexicana. Había pues, en sus ideas, tanto por

la naturaleza ecuménica de las doctrinas masónicas que profesaba —era miembro y jerarca de la Logia Melchor Ocampo, de Morelia—, como por elementos polémicos que había tomado, para sus contactos con principios y prácticas de la lucha social, de Bakunin a través de Kropotkin, impresionado por las brías ejemplaridades de nuestros primeros anarco-sindicalistas, una tendencia franca al universalismo. Sus enfoques a las realidades sociales empezaban a ser internacionalistas y esta característica de su pensamiento, ampliaba sus visiones y lo hacía tolerante, en cuanto a la diversidad de criterios. Era intransigente, sin embargo, por lo que ve a la mejor forma de expresarse, y también a la corrección del pensamiento mismo, o sea justipreciado como validez intelectual. Así, nada cuesta ya explicarse a sus cuates marxistas moderados que eran todos los miembros de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), muchos de los cuales habían sido fundadores y miembros de la Casa del Obrero Mundial, piedra de escándalo en la levítica capital michoacana. Y junto a estos marxistas, había religiosos protestantes, claro que el viejo Jefe los miraba con la simpatía del que los cree, influido por la historia de nuestras luchas entre los conservadores y liberales, menos peligrosos que los católicos; espiritistas, ateos, librepensadores y aun mochos. Era de ver aquellas

asambleas en que quienes hablaban gritaban y accionaban con vigores que rayaban en una mímica de poseídos. Otros extremaban la nota risueña y hacían sonar carcajadas mefistofélicas; quienes eran correctos llegando hasta la afectación en su lenguaje y quiénes eran —y éste era el análisis puesto de moda por don Alberto— dueños de un vocabulario de ebrio rejego, provocativo y reñidor. Todo dependía, —si algo se tratara de explicar acerca de esto— de la función social-laboral que cada sujeto desempeñara, y así había o podría haber, con permiso de los psicólogos, temperamentos y lenguajes de albañil —caso de Juan Papas—; de carpintero —como Andrés Rodríguez *el picado* que era como el jueves de Corpus, muy repicado (cacarizo)—; de hechicero —caso de Gazquita, según los decires de los maldicientes miembros de la Tribu que hechicería llamaban a las prácticas descritas por Kardec en *El Libro de los Médiums*—; de poeta —el Chino Sansón, solía decir don Alberto, siempre anda chingando a su madre entre celajes—; de líder —Nicolás Ballesteros pronunciaba discursos sobre las diferencias de las clases sociales (explotados y explotadores) recurriendo a aquello de “aunque sean del mismo barro, no es lo mismo bacín que jarro”—; Chango bailarín le decían a Othón Sosa, cromiano, y a Fidencio Reséndiz, el Estético (también cromiano), debido a que los furores dialécticos del primero se

manifestaban en saltitos coreográficos y en lenguaje rebuscado se expresaban las opiniones del segundo. No hay necesidad de seguir, porque no la sentimos de cansar a nuestros lectores —si tenemos la suerte de contar con alguno— y baste saber que así era la Tribu de la Banca Roja que presidía un hombre alto, robusto, de cabeza leonina, ornada con ojos penetrantes y con imponente piocha. Solía llevar aquel señor una cachucha a cuadros, de tela o una antigrada, hecha con piel de huinduri. En las horas frescas o en previsión de ellas, pues las sesiones se prolongaban demasiado a veces, se le veía llevar una capa confeccionada con dos piezas: una especie de sotana que llegaba hasta más abajo de la rodilla, con botonadura frontal muy pródiga, de cuyo cuello arrancaba bañando el cuerpo hasta cerca de la cintura y disimulando la carencia de mangas, o sea cubriendo los brazos, un refuerzo circular llamado esclavina. En la mano grueso bastón que ofrecía con colérica actitud para que le pegaran “por cometer la imbecilidad de admitir en su trato a reverendísimos pendejos” (la cosa era dicha ante una necedad o un argumento mal hecho). En la boca se consumía un grueso cigarro (puro) destinado a sufrir los mordiscos con que se manifestaba la nerviosidad constante del irritable polemista y maestro del ágora moreliana. Tal era don Alberto Trécani, el Jefe de la Tribu de la Banca Roja.

No nos queda más que decir, en este inicio, que el color rojo de la banca que ocuparon Trécani y los suyos por varios años, se debió a que era considerado el grupo como obrerista radical, que era como decir ahora comunistoide o rojillo. La banca se pintó de rojo, porque roja era –según predicaba entonces el camarada Moncaliano– la bandera del proletariado revolucionario.

El 1o. de Mayo de 1913, los miembros de la Casa del Obrero Mundial salieron en manifestación por las calles de la capital de la República conmemorando el sacrificio de los trabajadores muertos en Chicago en 1886 debido a que luchaban por la jornada de ocho horas. –Como la bandera anarcosindicalista era roja– y la ocasión era luctuosa, se le pusieron a los lábaros moños negros que poco a poco fueron convirtiéndose en el color negro añadido al pendón libertario de la clase trabajadora de México.

* * *

Antes de que entremos a la parte anecdótica de este sencillo trabajo sobre La Banca Roja, hemos de decir algo sobre sus principales cofrades, para que mejor se profile la figura del Jefe de la Tribu:

NICOLÁS BALLESTEROS, dueño de la Talabartería El Tigre, cita en un costado del mercado de San Agustín, era un obrero originario de Santa Ana Maya, chaparro, moreno, de revuelta cabellera y angostos bigotillos, de ojos pequeños y maliciosos. Su palabra indocta, pero aguda, estaba siempre cargada de acentos irónicos que solían reventar en sus discursos revolucionarios, cuando participaba en actos públicos organizados por su Central (Comité Local de la CROM). Sus íntimos y compañeros de lucha, le reconocían valor civil, inteligencia clara, pero lo inculpaban de perezoso para el estudio. Tenía capacidades de agitador, pero carecía de valor personal. Una de las cosas que le molestaba mucho era que se narrara con lujo de detalles –y en esto lo traía de un ala el que ahora lo acompaña ya en las regiones de la eternidad, el Gato (Gabriel) *Rosales*– alguna de sus *espantás* comparables a las del célebre Gallo, o alguna de sus faltas de firmeza en la lealtad amistosa cuando entra en conflicto con enamoramientos reprobables. En sus giros oratorios destacaba mucho éste en que se aludía a la lucha de clases: “No podemos ser transigentes con los ricos, porque nosotros somos pobres. Somos víctimas y ellos son nuestros victimarios. Nadie podrá reprocharnos que los combatamos con ansias destructoras, ni menos aún que no aceptemos el colaboracionismo contradictorio que nos

juntaría con ellos. Hemos de ir separados y opuestos, en lucha, porque no pueden ir juntas las palomas con los gavilanes, ni los corderos con los lobos”.

Las carcajadas de Nicolás, tan familiares a quienes pasaran cerca de la Banca Roja, en las primeras horas de la noche, eran el complemento de las sonoridades trecanianas y el remate mejor que se puede escoger para una breve semblanza suya. Le decían El Feroz.

EL GATO ROSALES (Gabriel Rosales) clasificado por su oficio, era –porque recientemente murió– un Fígaro de esos a quienes hay que contestar. (Cuando preguntan al cliente: ¿cómo le cortamos el pelo, señor?), con voz ronca y casi amenazadora:

–¡¡Callado, amigo!!– Porque es la única manera de que tengan en paz la lengua viperina.

Gabriel era también cromiano. Su apodo de el Gato se debía a sus cautelosos pasos y a su carácter misterioso. Tenía aires de conspirador y le gustaba presumir de que el pasado, el presente, el futuro y algo más, no tenían ni podían tener acontecimientos que él no conociera desde antes de nacer.

Bajito de estatura, de complexión que primero fue débil y en los días anteriores a la enfermedad que lo llevó al sepulcro era grasosa, caminaba medio enconchado y mirando con cautela, con disimulo, al estilo, de detective felino en pos de algún ratón, procurando hacer temible su rostro medio pálido, con unas patillas que casi le llegaban a las quijadas. Era muy buen amigo, bravo, audaz, de buen humor, discutidor empedernido, por más que desconociera el tema a debate. Se cuenta de él que terció en una conversación en que el abogado Ramírez Mendoza —distinguido miembro de la Tribu— exponía ciertos criterios sobre la Belleza. Cuando apenas había iniciado su intervención, el combativo jurisconsulto con ademán y frase trató de apartarlo:

—¿Qué sabes tú de Estética, Gato pendejo?

—¿Qué le importa a usted si yo sé o no de Estética? Lo que debe admirar, si lo que insinúa es ignorancia de mi parte, es que tengo huevos para opinar aunque no sepa. Eso es valor y no chingaderas.

La respuesta de Pinito (el Lic. Ramírez Mendoza) fue una sarcástica carcajada. Y el Gato siguió interviniendo con una gran frescura.

FIDENCIO RESÉNDIZ “El Estético”, era un inteligente líder de la CROM. El más preparado de todos, el más hábil, a pesar de su carácter apacible, meditativo. Era un hombre informado en doctrinas revolucionarias. Le decían el Estético, porque usaba con frecuencia tal palabra, tratando de hacer entender a sus camaradas que ser obrero o líder obrero, no es tener autorización y menos justificación para ser sucio o vulgar en los modales o en la manera de expresarse. Este criterio no lo convertía, sin embargo en un fifí, ni era eso lo que propugnaba. Él quería aseo, y siempre se le vio limpio de los pies a la cabeza. Su vestimenta era la de un trabajador modesto: zapatos lustrosos, pantalón o saco, llevando la camisa desabrochada del cuello. Los estudiantes lo estimaban mucho, desde que en el teatro Ocampo y acudiendo a una polémica a que lo habían retado cinco comunistas, les dio en la chapa a los cinco, citando doctrinas, recordando la historia, y exhibiendo contrastados los casos en que la CROM había obtenido logros en favor de sus agremiados y había contribuido al avance de la clase trabajadora de México por las vías del progreso. Los otros tuvieron que mostrarse “con las manos vacías”.

Cuando Fidencio se casó, corrió la versión de que las castidades del líder en su vida de célibe, se habían

derrumbado en el exceso y de que a ello se debían ciertas alteraciones patológicas de su cerebro. Algunos de los camaradas se atrevieron a hacerle advertencias.

—En primer lugar, cabrones, —dijo irritado Fidencio— mi vida privada nada les importa, pero sepan que es cierto lo de las castidades en derrota; en segundo lugar, así han de seguir las cosas, porque todo es cosa mía y si mi salud se resiente, es carta de mi juego y no se inquieten: en tercer lugar, si no les convencen mis razones para ser discretos, cápenme y así quedarán satisfechos.

La comisión como es natural, se retiró apenada, viendo en aquel capricho una vida próxima a extinguirse. Un mal día, en efecto, vino la locura y poco después la muerte, en condiciones lamentables.

RODRÍGUEZ MÉNDEZ exponía en las sesiones de aquel grupo la combinatoria política: era el estratega.

ESPINO ARPIDE levantaba la voz como historiógrafo y como hombre de leyes.

JOSÉ RAMÍREZ era un discípulo atento y ávido de luces.

DON MAGDALENO era opositor al catolicismo, desde la plataforma del protestante.

El abogado JESÚS RAMÍREZ MENDOZA representaba la autoridad universitaria, pero no era muy asiduo a las reuniones y su conexión con Trécani se debía a que formaba parte de la misma Logia ("Melchor Ocampo").

OTHÓN SOSA —el Chango— era un buen orador revolucionario (y sigue siendo orador pero sin ocasiones combativas), leía cuando caía en sus manos relativo al movimiento obrero, y entre los líderes de la CROM, era de los más inquietos y de los útiles. Había sido mujiquista, como todos los que fueron miembros de la Casa del Obrero Mundial, y en estas andanzas hubo de llegar un día que se levantó en armas, obligado por las circunstancias a ser delahuertista en 1923. Este capítulo de la vida de Othón es muy pintoresco, rico en sugerencias por sus vertiginosos episodios, pues fue breve, y dará ocasión para un regocijado trabajo en que aparezca el Chango con sus connilitones como Luis Mora Tovar, Primo Tapia, Emilio Moreno, Antonio Murillo, y muchos más a quienes el General Mújica, preso en Morelia, había ofrecido encabezar en la rebelión motivada por el caballazo obregonista que lo había

privado del Gobierno de Michoacán. A fin de cuentas, Mújica no quiso intentar la escapatoria ofrecida y preparada, y sus amigos tuvieron que irse al cerro solitos. Es fama que cuando aprehendieron a Mora Tovar, quienes hablaron en su favor al Presidente Álvaro Obregón para que no lo fusilara, ya que merecía clemencia un error casi “de veinticuatro horas”, el caudillo sonorenses respondió con los ojos brillantes y lá burlona sonrisa en él muy frecuente.

–Si ustedes miden el error por su duración, no se preocupen: sólo habría de fusilársele por veinticuatro horas.

En el fugaz movimiento rebelde de los mujiquistas sin jefe y sin bandera, cosa que evidencia el hecho de haber tenido que hacerse delahuertista, Othón Sosa fue clarín y tocando marciales dianas recorrió los alrededores de Naranja, para tomarla, y salir después en veloz estampida en la que por poco se pierde el Coronel Mora Tovar. En los vivacs, el Chango amenizaba las noches de campamento –¡Ay, tan pocas y desventuradas!– recitando la Chacha Micaela y otros poemas semejantes que aplaudía la embriagada tropa.

ANTONIO MAYES NAVARRO era entonces estudiante y en sus escritos y discursos se advertían fuertes

llamadas hacia la ideología marxista. Muy sincero y con gran espíritu de sacrificio, su oratoria era gritona y blasfema. Extremista, soñaba adornar un día la salita de su casa con una mesa triangular –“así, así”, decía configurando en el aire, con las manos, el simbólico equilátero –.

GAZQUITA era y es un hombre de tremenda memoria. Su formación intelectual la debía a los libros más notables sobre ocultismo, por lo que los mochos solían llamarle el brujo Gazca.

EL INFIERNERO –Luis Hernández– era pintor comercial. Dibujaba para arcos de ornato de los que se usan para recepciones políticas; pintaba rótulos en las banquetas para anunciar películas o para propagar candidaturas en los días de agitación electoral. Habrían de prestarle los interesados, dinero para material y auxiliarlo con el apoyo moral que para Luis representaba la compañía de una botella de cualquier bebida alcohólica. Era curioso verlo trabajar cuando el encargo de hacerlo era utilizando los vidrios de las ventanas o puertas de despacho, porque escribía al revés, o sea invirtiendo el orden de las letras. La audacia del pintor era inconcebible, pues llegó a exigirle cuentas de su conducta como gobernante al General Mújica, en las sesiones de la Casa

del Obrero Mundial. He aquí algunas anécdotas que hemos logrado recoger de quienes lo trataron:

Un hermano de Alberto Coria había asesinado a un Doctor Navarro –y esto, cierto o no, se decía en los mentideros de la murmuración donde el Infiernero era caudillo– con alguna ventaja en su favor, en la ciudad de Pátzcuaro. Luis era de esos borrachines que parecen saberlo todo, y poseía el secreto aquél, como muchos otros, de los que sabía sacar mínimos provechos con inocentes chantajes. Un día de crudez, encontró a Alberto Coria e inspirado por la necesidad, le pidió veinte centavos. El abogado se disimulaba rehuyendo condescender, y entonces Luis empezó a gritarle:

–Dame cinco pesos, Alberto o contaré a gritos cómo mató tu hermano al Dr. Navarro.

Coria hubo de contribuir con los cinco del águila.

* * *

Parece que tenía el Infiernero predilección por sacar dinero a Coria aunque tal vez el siguiente episodio se deba a quienes reprochaban al rey de la sierra los hechos que le habían dado una firme fama de tacaño. El caso fue que

una mañana, al pie del balcón de su despacho —en el tercer piso, el Lic., era la sazón, pues Magistrado del Tribunal Superior del Distrito, domiciliado en Donceles No. 100— vio a Luis Hernández que le gritaba solicitándole un peso. Le decía:

—Alberto Coria, dame un peso y olvida que me lo has dado —parodiaba el pintor una canción en boga, con letra de Efrén Rebolledo—.

—Pues chinga a tu madre —contestó el jurista desde su altura— y olvida que la has chingado.

Y así, eludió el de Paracho el sablazo de su cuate el Infiernero, a quien consoló arrojándole un miserable veinte.

Afortunadamente por ser joven aún la mañana, no hubo concurrencia al espectáculo.

* * *

Don Alberto Trécani se encontraba una noche presidiendo la sesión de la Tribu, en el lugar sagrado, o sea en la Banca Roja. Habiendo salido de catedral por la puerta que da a la explanada Morelos, el Arzobispo Luis M. Martínez, pasó en dirección oblicua, para caminar por

el portal frontero a la Banca, a la altura de la Zapatería “La Victoria”, y Luis Hernández, el Infiernero, le gritó:

—Adiós, Luis María Martínez... ¿Por qué te gusta usar nombres de mujer? (Alusión al nombre de María).

Nunca lo hubiera hecho. El Jefe de la Tribu, echando lumbre por los ojos y casi dispuesto no a ofrecer, como era su inofensiva e irónica costumbre, su bastón, sino a blandirlo, se fue hacia Luis increpándolo ferozmente.

—Lárgate a chingar a tu puta madre, hijo de setecientos almácigos de chingadas, bárbaro, pendejo, imbécil. A estos hombres hay que combatirlos, pero no así, con modales y palabras de puta, hijo de tu chingada madre. Vete o te rompo el bastón en esa cabeza que se está deshaciendo en infusión alcohólica, grandísimo cabrón; vete, porque has desprestigiado a la Banca cometiendo una imperdonable hizez de la chingada.

Fue necesario tranquilizar a don Alberto que insistía en perseguir al Infiernero que a buen paso, casi diríamos que en plena carrera se alejaba alarmado y cohibido, pues reconocía el error que se le señalaba con tanta vehemencia.

* * *

He aquí algunos nombres más de quienes sesionaban en la peña inmortal:

FÉLIX CALDERÓN profesor originario de Chucándiro. Daba clases de Agricultura en la Escuela Normal. Usaba barba a la manera de los nazarenos del tiempo de Cristo, moda que había iniciado en México el líder de Inquilinos. El Veracruzano luchador Herón Proal. En unos muestrarios de fotografías que se exhibían en Morelia junto a uno de los pilares del portal en que se encuentra El Nuevo Mundo, ya para llegar a esa tienda de los Álvarez, pudo verse un magnífico retrato del maestro, en la actitud de observar una mazorca.

PEDRO MORENO MELCHOR, ahora encargado del Panteón Municipal con procedencia en la Casa del Obrero Mundial.

EL MANTERO (cuyo nombre no recordamos) era católico y por ello considerado el anti-Trécani.

JUAN el Garabato era y es propagandista terrible, pues aunque con su cuerpo torcido, lograba caminar a duras penas, compensaba tal deficiencia con una gran resolución, con una sutileza admirable para “decir

chingaderas”, según calificaba el Jefe de la Tribu, y con una voz de gran alcance. Ay de aquél que hiciera o haga algo contrario al Garabato, porque desde su lugar lanzaba y lanza tremendas requisitorias al osado, avergonzándolo ante quienes va o iba encontrando en su camino, pues le recita o recitaba la historia de su vida, con pelos y señales, insistiendo, por supuesto en pormenores de naturaleza impublicable o humillante. El Garabato vendía y vende periódicos cuya propaganda hacía y hace con folklórico lenguaje trecaniano.

JUAN ASCENCIO, zapatero, sincerísimo revolucionario. También miembro de la Casa del Obrero Mundial, fue diputado mujiquista. En 1921, subió a las torres de la catedral para izar la bandera rojinegra de los trabajadores. No faltó quien lanzara la versión de que con un puñal había rasgado el lienzo en que estaba pintada la Virgen de Guadalupe, precisamente cuando entró en el templo para el fin indicado. Ardió Troya. Los católicos organizaron una manifestación de protesta, y como iban armados, el Ayuntamiento concordando con el Gobernador Mújica, les negó el permiso correspondiente. Se empeñaron en hacerla y salieron del Santuario de la Guadalupana –San Diego– por la calzada que conduce a Villalongín –inicio de la calle real o Avenida Madero– la

policía ya estaba posesionada del arco del acueducto bajo el cual había de pasar la procesión. Sabiéndolo, Isaac Arriaga quiso intervenir haciendo uso de la palabra, pues inocentemente confiaba en el poder de su elocuencia, muy famosa por cierto, para alejar el peligro de muerte que para incontables gentes se hacía inevitable a cada segundo. Pero Isaac era justamente candidato al Matadero, y no hizo sino estimular a quienes ansiaban su desaparición. En el encuentro a tiros resultó muerto, cumpliendo así los mochos sus solapadas amenazas lanzadas en la celebración que efectuaron en la plaza de toros poco antes del 21 de mayo trágico, ante el Delegado Apostólico –conmemorando la muerte de Iturbide– sujeto tan combativo y peligroso que hubo de ser expulsado de la República por el Gobierno del General Alvaro Obregón. A tales hechos orilló el falso que se le levantó a Juan Ascencio, al decir que había roto la imagen de la Virgen de Guadalupe.

VICTORIANO MENDOZA –Piturriano– era de religión protestante y como vive, tal vez siga siéndolo. Masón fervoroso, predicaba como se decía de don Alberto Trécani la santa palabra. A este compañero que muchos años representó a los trabajadores en la Junta Central de Arbitraje, se deben los siguientes datos.

Don Alberto Trécani, el Jefe de la Tribu de la Banca Roja, oyó que discutiéndose la literatura del chino Sansón Flores, se decía de él era sátiro. Comprendió el Jefe de lo que se trataba y dijo con voz tonante:

—Ah, cómo son pendejos, ustedes, cabrones, amantes de hablar lo que no saben. El chino, como todos los poetas, siempre anda chingando a su madre entre celajes, pero su literatura, y lo que se diga de ella no es lo que puede o debe decirse de él, es satírica. Sátira, palabra en género femenino, significa composición literaria del carácter satírico. Sátiro, palabra en género masculino, significa hombre que gusta inmoderadamente de los placeres sexuales. El origen de la palabra es griego y los helenos llamaban sátiro a un ser mitológico, imaginario que tenía la figura humana, pero extremidades inferiores de chivo. Los sátiros formaban parte de la corte de Pan. Vivían en los bosques tocando la siringa para atraer a las ninfas, a las que en un momento dado perseguían y violaban ¿Entendieron cabrones? Y cuando no sepan algo, pregunten y no hablen a lo pendejo, no sean hijos de la chingada.

Un día un cura interrogó a don Alberto, sabiendo que era fuerte en asuntos históricos, si podía situar históricamente a un sacerdote que había existido en

Tacámbaro. No dio más datos y viendo el problema en que había metido al Jefe de la Tribu, trató de disculparse diciendo que su pregunta era tonta y que no se tenía urgencia de la respuesta. Don Alberto contestó que la pregunta no era pendeja, que el pendejo era otro... y miraba fijamente al cura, quien acabó por irse, pero sin darse por ofendido.

El Jefe de la Tribu había disertado acerca del error en los maridos que dejan a sus mujeres ir a confesarse. Aseguró desde luego que su esposa no se confesaba.

—¿Le consta a usted, o lo asegura partiendo de un acto de fe? —interrogó Piturriano.

—Lo creo.

—Entonces chingue a su madre, por creyente.

Me mandaste a chingar a mi madre —dijo sin inmutarse el Jefe— y con plena razón, por lo cual irremediablemente la estoy chingando.

De 1918 a 1922, gobernó Michoacán don Pascual Ortiz Rubio. Don Alberto en esos días era Tesorero

Municipal y se negó a pagar un vale a don Francisco Ortiz, hermano del Gobernador, síndico del Ayuntamiento, por tener órdenes superiores de no hacer anticipo alguno. El desairado influyente, se mostró eficaz para conseguir que despidieran a don Alberto, dejándolo sin empleo. Algún tiempo después, andando muy pobre, se encontró con un amigo que quería reconciliarlo con el poderoso edil a efecto de que obtuviera colocación, y habiendo concebido un buen plan, invitó al Jefe de la Tribu a concurrir a una sesión del Partido Benito Juárez, en el que militaba Francisco Ortiz.

—No voy, —repuso airado don Alberto— porque ese partido está formado por puros hijos de la chingada.

Molestaba a don Alberto que los católicos o cualquier clase de creyentes, hicieran uso de los signos exteriores de su fe. Así que un día supo que había un sujeto que no se quitaba el sombrero cuando al pasar por el templo de San Agustín, sonaban las campanillas anunciando la bendición con el Santísimo. Espió el viejo y luego expresó desencantado:

—Es Piturriano, pero no tiene chiste, porque es protestante. Nada tiene, pues, de extraño, ello hubiera sido tratándose de otra persona.

Hasta aquí los datos de Victoriano Mendoza.

DON FLORENCIO NÚÑEZ fue otro de los destacados miembros de la Tribu. Actualmente vive en México y es lamentable la falta de contacto con él para conocer mis anécdotas relacionadas con la Banca Roja.

EL INGENIERO FARFÁN RÍOS, distinguido profesionista. Fue famoso desde estudiante, pues siendo un liliputiense, quería –según dijo en un discurso rebelde que pronunciaba quién sabe con qué ocasión– “romper la torre de su silencio”.

DON AGUSTÍN DELGADO que fue Presidente Municipal de Morelia y cuya vida terminó trágicamente gracias a una calumnia, también se contó entre los miembros de la célebre peña. Este señor fue padre de nuestro amigo el Lic. Efrén Delgado Arriola.

FEDERICO GARCÍA era otro socio de la Tribu a quién llamaban el Rey, porque era bigotón y se parecía al Rey del anuncio troquelado en los medallones de la vieja marca de “Cerveza Toluca”.

La mayoría de estas gentes era –como el lector habrá visto– de ideólogos de la Confederación Obrera Mexicana

y fundadores en la ciudad de la Casa del Obrero (ubicada en San Ignacio, a espaldas de Las Monjas), institución que había apoyado la candidatura del General Francisco J. Mújica, para Gobernador del Estado, cuando se libró la más gallarda batalla ideológica en la tierra de Ocampo.

I I

Así como después del seis de enero de 1915, la conciencia campesina estaba ciega aun para el reconocimiento de sus propios derechos en materia agraria, debido fundamentalmente a que los señores curas lanzaban desde todos los púlpitos sus requisitorias contra una ley que “sancionaba el robo de las tierras de los señores amos”, pisoteando sus sagrados derechos de propiedad. En el campo sindical, aunque en menor escala, sucedía otro tanto, y cosa rara y curiosa, en el Estado de Michoacán fueron los maestros quienes más resistieron al avance de la organización revolucionaria. En la vieja CROM, que fue pionera y maestra en la realización de programas obreristas, figuraba uno que otro profesor, pero eran éstos nicolaistas que al llegar a Bachilleres habían obtenido autorización (sujetándose a una Ley del Gobernador Jiménez) para ejercer labores docentes en las escuelas primarias. La tradición magisterial no estaba por el

sindicalismo. Los mentores pensaban (?) que su máximo deber era la abnegación, cosa que es verdad, siempre que esa desinteresada virtud no contraríe el derecho o perjudique los intereses de la labor educativa. Cada maestro creía que sería más perfecto si lograba una cada vez mayor capacidad de renuncia, sin preocuparse del uso que pudiera hacer el político de tal generosidad, o de las consecuencias que pudiera tener para el desprendido mentor, en cuanto que si carecía de los ^{*}elementos para nutrirse, para vestirse y para documentarse como cualquier otro técnico con el objeto de estar al corriente en lo que refiere a disciplinas pedagógicas y en lo conducente de las materias mismas de sus exposiciones a los niños, era imposible que lograra ser, de acuerdo con su buena intención, un maestro capaz y eficiente.

Una de las cosas que no podían —como todavía sucede en diferentes aspectos— comprender los maestros, dado su tradicional espíritu de suficiencia (inocente) engendrado por el trato que malamente dedican a los niños, considerándolos como costales a llenar, como seres groseramente pasivos, consistía en que les repugnaba que fueran los obreros incultos y broncos quienes tuvieran que darles lecciones sobre la manera de integrar organizaciones de resistencia, y que predicarles la doctrina básica del

sindicalismo, ilustrándola con interpretaciones filosóficas de la Historia. Pero así tenía que ser, y así fue, aunque con muy considerables retrasos.

Lo que primero aceptaron los maestros, porque les parecía que con ello quedaba a salvo su automatismo en la servil conducta que observaban frente al gobierno, y su fidelidad a los cartabones que los guiaban profesionalmente, sin llegar nunca a más que a un rutinario macheteo de las lecciones, sobre los modelos tradicionales no siempre apegados a las periclitadas corrientes del pensamiento pedagógico, fue el plan de constituirse en “uniones”. Hasta esa forma incolora de organización podían llegar gentes que tenían un gran temor de Dios que los llevaba a los altares diariamente para oír la santa misa, y con una mayor asiduidad que la ordenada por los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, a confesarse y comulgar con una piedad de verdaderos hombres de Dios.

Cuando se constituyeron los primeros sindicatos cromianos, el magisterio se mantuvo en sus trece, contra las herejías envueltas en programas de garantía para los trabajadores, considerándolos añagazas de Satanás para perder sus almas. Y cuando las unidades de dicha central

obrero fueron aniquiladas para dar lugar a una central estatal, los profesores vieron cumplidas sus profecías y comulgaron con más frecuencia para agradecer al cielo las verdades que habían puesto en sus corazones y a la Iglesia la autoridad infalible con que los había fortalecido para permanecer en la fe y en las costumbres salvadoras.

Sino que las generaciones de normalistas que ininterrumpidamente fueron incorporándose al ejército del abecedario, a partir de 920, ya tenían inclinaciones técnicas y humanas muy diferentes a las de la vieja guardia.

Todavía la combativa CROM movía la pata, cuando los nuevos maestros organizaron su sindicato, obstaculizados por todos los medios y ridiculizados por la UNIÓN DE MAESTROS MICHOACANOS. Con visión y generosidad los jóvenes quisieron incorporar a los viejos, trabajando en pro de la unidad magisterial. La resistencia fue general de parte de la Unión, pero segura de su fuerza por el gran número de maestros que agrupaba, convino con burlona condescendencia en mandar a la junta convocada, una selecta delegación que encabezó Treviño, un educador de voz delgadita, de corta estatura y de léxico rebuscado. Entre sus colegas de representación estaba un tal Magaña. Tonato y el señor Carreón. La parte femenina

de la representación constaba de tres personas: la señorita Paz, Directora de la Escuela “Modelo”; la señorita Chávez y la señorita Posadas.

La asamblea debía celebrarse en uno de los salones más amplios de la Escuela Moderna, y como se trataba de resolver un problema de unidad que afectaba a los educadores, la CROM, a solicitud de los del Sindicato, nombró también su delegación que haría oficios de amigable avenidora.

Todo hubiera salido bien, por lo menos en cuanto a cordialidad, si la central obrera, en previsión de algún debate de carácter filosófico, no hubiera nombrado jefe de su delegación a don Alberto Trécani, el garibaldino Jefe de la Tribu de la Banca Roja, quien llegó acompañado de Nicolás Ballesteros y de Fidencio Reséndiz. Por cortesía y atendiendo a su carácter de mediador, se le designó presidente de debates.

Abierta la sesión, pidió la palabra el Profr. Elías Robledo Murillo, del Sindicato, y con pastosa voz recitó La Pampa de Granito, repitiendo con elocuencia la mismísima exégesis moralista de Rodó. Fue muy aplaudido. A continuación pidió la palabra el maestro

Martín Mercado, joven mentor muy preparado que, en aquellos días usaba piochita a la Trécani, y habiéndosele concedido, expresó que su compañero había hecho hincapié en la moralidad como atributo magisterial, cosa que él aplaudía; pero que precisamente había que llevar la doctrina a las aplicaciones prácticas; que el sindicalismo verdadero era la tecnificación del agremiado, y que con ese propósito básico invitaba a los de la Unión a que se sumaran al Sindicato, dejando las supersticiones y el atraso relativo a la información académica, ya que les preocupaba mucho a los mejores, aquel sistema de Herbart de “los modos, pasos, marchas y procedimientos” y a los peores solamente encarnar las ideas del sargento Clavito, tal como lo pintara Alarcón en Las Cosas que Fueron y el credo que el Padre Coloma elogió, en los maestros, en su célebre cuento de La Pascua Florida y El Cuarto Ayunar, y que se reducía a que el mentor asumiera una actitud religiosa en la enseñanza, justificándose con dos ademanes retrógrados: De éste —decía El Cuarto Ayunar a su esposa La Pascua Florida, poniéndose la mano sobre el corazón— es el hombre responsable y de éste —cambiando su mano al estómago— Dios cuida.

Cuando lo anterior decía Mercado, Treviñito pedía la palabra para refutar al orador.

El viejo Trécani le dijo:

—Profesor Treviño, cuando termine el orador, hará usted uso de la palabra.

—Es que quiero protestar, señor Trécani.

—Ya le digo que espere su turno. Guarde silencio.

—Protesto, señor Trécani, —gritó y su voz aguda en alto grado, irritó al presidente de debates—.

—Que se calle.

—¡Protesto! —chilló más aguda la voz—, y Trécani, con lumbre en la mirada, le gritó:

—Que se calle, cabrón.

—Señor Presidente, —quiso intervenir Reséndiz—, pero Trécani contestó fuera de sí:

—Usted no tiene que decir nada. Guarde silencio.

—¡Protesto y protesto! —aullaba Treviño—, pero el vozarrón de don Alberto fue como un trueno:

–¡¡Chingue a su madre!!

–Protesto, – insistía Treviño –, y entonces don Alberto empuñando su bastón, golpeó con él la mesa y gritó:

–¡¡CHINGUE ENTONCES A SU PADRE, CABRÓN, PENDEJO.....SE LEVANTA LA SESIÓN.....!!

Carcajadas, silbidos, protestas, insultos, ruidos, trompetillas, de todo hubo ante aquel escandaloso final, y fue así como se frustró un esfuerzo para lograr la unificación del Magisterio Michoacano, según los unionistas pero fracasó por predestinación, según quienes en el organismo de ancianos nunca vieron un solo signo de vida, una sola gota de energía aprovechable para el progreso.

Así era, a veces, el JEFE DE LA TRIBU DE LA BANCA ROJA.

III

En la sesión ordinaria del Comité Regional de la CROM, se acordó aquella noche, como punto importante de un programa de acción social, buscar los medios necesarios para establecer una escuela nocturna dedicada

a ilustrar a los trabajadores organizados, sin que esto significara límite alguno a la población que el plantel pudiera lograr con el interés popular que sus programas y actividades despertaran. La tarea ilustrativa comprendería una labor docente sobre generalidades en diversas materias académicas, justificando aquellos conocimientos como útiles no sólo para toda clase de hombres, sino especialmente –y sobre este tema se hacía una exposición demostrativa–, para esclarecer la formación de la conciencia específica de los proletariados como elementos vivos de la función económica de la Sociedad. Otras materias, las llamadas ciencias sociales, ameritarían exposiciones exegéticas tendientes a preparar el arsenal polémico que los militantes deben tener para difundir las doctrinas emancipadoras, reforzando al mismo tiempo su credo revolucionario reafirmando sus verdades sociales.

Considerados todos los aspectos de tan noble empeño, se resolvió que por lo que al local se refería, el problema quedaba eliminado convirtiendo en aula el salón principal del edificio ocupado por el Comité Regional, o sea el amplio caserón de que el liberalismo había desposeído al Seminario Tridentino de la Arquidiócesis de Michoacán. Se invitaría, para obtener el personal docente, a los estudiantes Sansón Flores,

Manuel López Pérez, Antonio Lomelí, Leobardo Ceja Torres, Antonio Mayés Navarro, José Morales Contreras, Alberto Cano, etc., a que colaboraran para realizar el plan educativo revolucionario. La utilería y los libros se conseguirían con fondos del Comité o se gestionarían en el Gobierno del Estado. En todo caso, los agremiados se impondrían una cuota extraordinaria.

Cuando todo parecía redondeado y listo para ponerse en práctica, el Gato Rosales intervino para hacer una observación de la que se derivó la modificación de lo ya aprobado:

—Se me ocurre que antes de invitar a los compañeros estudiantes, debemos asegurarnos de que haya asistencia a sus clases, porque sería muy penoso que vinieran, —y vendrán, porque nos es conocido su espíritu de lucha y su entusiasmo—, y no encontrarán sino a dos o tres compañeros soñolientos.

Tiene razón el compañero Rosales —corroboró Reséndiz cuando le hubieron concedido la palabra— y es necesario formar un padroncito escolar, advirtiéndolo a los compañeros que en él se inscriban, de la seriedad del propósito, para que concurren con puntualidad y trabajen

con empeño, sin olvidar tampoco recomendarles la actitud respetuosa que deben asumir como alumnos de nuestro Centro Nocturno. Y permitan que adicione la observación del camarada Rosales, considerando indispensable que hagamos una prueba para calar el interés que nuestros compañeros manifiesten por el estudio. Hay que ponerlos a prueba, pero en privado, en familia. Como entre las personas que se han mencionado para encargarles trabajos expositivos no se encuentra don Alberto Trécani, propongo en concreto: que se inicien los trabajos de la institución en proyecto, con la cooperación del camarada Trécani a quien podríamos ofrecer la cátedra de Historia Patria. Si las cosas salen bien con él, y los compañeros responden, formalizaremos las invitaciones que ya quedaron aprobadas.

Puesta a consideración de la asamblea la proposición del Estético, fue aprobada por unanimidad, como con gracejo lo declaró el Secretario General.

Con manifiesta contrariedad de los asistentes, porque la hora era avanzada, hubo de concedérsele la palabra al *Gato Rosales* quien, riendo, expresó su pensamiento en forma enigmática:

—Me parece que el asunto de don Alberto va a ser espinoso.....¿Cómo vamos a resolver el problema de este

compañero?....Me refiero a que una cátedra deber ser algo serio, y ustedes saben que el lenguaje de Trécani tiene sonoridades y matices nada ortodoxos. ¿Quién va a ponerle el cascabel al gato (mi simbólico tocayo) advirtiéndole que modere su folklorismo, sabiendo que el rosario de mentadas que va a dedicarle a quien le sugiera limitación a la gama riquísima de su resonante vocabulario?.

Hubo una gran perplejidad ante la atinada y aguda observación. Después, con más buen humor que optimismo fue resuelto el problema decidiendo presentarse en pleno del Comité Regional para invitar al Jefe de la Tribu, y al mismo tiempo para recomendarle que pusiera freno a su lenguaje típico, en atención a que iba formalmente a ocupar el lugar de la virtud, el lugar del maestro.

La entrevista debió ser satisfactoria o más o menos satisfactoria, porque a las diecinueve horas de un lunes, don Alberto apareció sobre la plataforma que, al estilo de las usadas en la Universidad, se le había dispuesto en un extremo del salón de sesiones. Tomó asiento después de haber colocado sobre la mesa su gruesa cachucha de piel de huinduri; parsimoniosamente se colocó sus anteojos y pasó la mirada sobre una tarjeta que probablemente contenía el sumario de su discurso. Los miembros del

Comité Regional ocupaban un estrado que había sido puesto a la derecha del entarimado del maestro.

Como es natural, el representante del Comité quiso tomar la palabra para hacer la presentación oficial, explicando al mismo tiempo que con aquel acto se iniciaba una obra educativa por parte de la organización. Se puso de pie, y apenas alcanzó a decir el vocativo de su discurso, porque la interrumpió la potente voz del viejo carbonario:

—Cállese el hocico. Aquí ningún pendejo habla. Yo soy el maestro.

A duras penas pudieron el *Gato Rosales* y los cuasi alumnos contener la risa. Los Secretarios del presidium cambiaron una mirada de desaliento y quedaron serios, entre mohínos y resignados, don Alberto empezó su exposición.

—La desgracia mayor de este mundo es la confusión que padece debido a que siempre se encuentran mezclados el mal y el bien. El ejemplo más conocido es el de la cizaña y el trigo, en la parábola que los evangelistas ponen en labios de Jesús.....

Los del presidium estaban sorprendidos de aquella limpieza en las expresiones trecanianas.

—Esta mezcla de bien y mal —revoltura, diríamos en términos sencillos— engendra el drama más agudo de la conciencia. Cuando en una misma persona vemos cualidades buenas y malas, no sabemos si considerarla totalmente buena o totalmente mala. Lo mismo sucede con las doctrinas morales, políticas, estéticas, filosóficas. La indeterminación en el juicio trae consigo un cierto escepticismo e indecisión en la conducta. La heroicidad que se atribuye a los valores no aparece y, consecuentemente, se pierde la fe en los héroes.

Los miembros del Comité Regional estaban que no cabían en sí de gozo por la corrección del discurso de don Alberto.

El viejo seguía diciendo:

—En la Historia, memoria que registra los actos de los hombres, encontramos la misma mezcla de que venimos hablando: unos personajes que son hijos de la chingada y otros no son hijos de la chingada. Permítanme una digresión.....

El Estético Reséndiz y sus amigos sofocaron una tos artificial para disimular el desbarre.

....-la palabra chingar no tiene significación alguna, y si es considerada como un insulto, es por la carga de intención que se le pone al pronunciarla.....Ustedes conocen esa intención. Cuando se manda a alguien a chingar a su madre, ello significa que debe dedicar a la autora de sus días las malas intenciones a los actos perjudiciales que suponemos al sujeto dispuesto a otorgarnos. Antes que una madre sea chingada (porque esta voz es un participio pasivo del verbo chingar, en género femenino) no puede calificarse a su hijo como “hijo de la chingada”. Por otra parte, quien sea acreedor de esta denominación, puede serlo en más o menos perfecto grado. Si él no ha efectuado la chinga, pero otro u otros lo han hecho, es un hijo de la chingada como titular lógico, pero si él ha llevado a cabo la chinga de su progenitora, entonces se trata de un hijo de la chingada por toda la validez del insulto, porque éste constituye no una simple designación, sino también una calificación con que se sanciona un hecho del sujeto.....

En esta vez, al escuchar la larga tirada sobre semántica, los discípulos ardían en deseos de romper con la compostura que habían guardado. Santos García y José Ramírez que ocupaban banco como escolares, pidieron la palabra y concedida que les fue por el orador, le dijeron:

—Maestro.....

—No me llamen “maistro”, porque sé leer y escribir...

—Bueno, don Alberto, antes de que nos desviemos más de la Historia, yo... bueno, nosotros quisiéramos que usted nos la expusiera desde el principio...

—¡Qué! ¿creen ustedes que yo asistí a los primeros instantes del Universo? ¡ La Historia desde el principio!.... ¡Cabrones imbéciles, largo para la calle...! ...Y ustedes, babosos, —dijo dirigiéndose a los del Comité— anoten en su libro de actas que a estos hijos de la chingada (los discípulos Ramírez y García) los expulso por “irreverentes”.

—Decía —continuó la exposición académica, ya un poco calmado don Alberto— que en la Historia, y por lo mismo en nuestra Historia de México, ha habido hijos de la chingada con toda la barba, así como otros hombres que no han sido en manera alguna. Como caso típico de los que chingan a su madre, con la consecuente denominación, está don Agustín de Iturbide, quien duró varios días chingando a su madre con los dolores del alumbramiento. Era un predestinado, como diría nuestro amigo Gazquita que cree en los signos del milenio que la

naturaleza puso en su frente y que sólo él percibe. Todos sabemos, y ya me estoy refiriendo otra vez a Iturbide, que ya adulto, traicionó y chingó a su patria, lo mismo que traicionó y chingó a España y a los profesantes de Monteagudo, inspirándolo mucho la Güera Rodríguez. En cambio, don José María Morelos nunca chingó a su madre. Cuando nació, el parto se caracterizó por su facilidad. Se realizó en unos cuantos minutos, detrás de un zaguán al que ya con las urgencias correlativas logró llegar doña Juana Pavón, quien, tan pocas molestias sentía por el embarazo tan maduro –tal era la bondad y grandeza de Morelos– que la crisis la sorprendió cuando andaba tranquilamente en el tianguis. Por eso Morelos es respetable y un gran héroe a quien debemos no sólo admirar, sino tratar de imitar. Estoy seguro de que habrán logrado percatarse de la diferencia “genética” entre los dos personajes mencionados, y aquí quedamos para hilvanar nuestro discurso en la próxima hora de clase.

Bajó Trécani majestuosamente de la plataforma. Pasó con actitud olímpica frente a la mesa en que había presidido el acto el Comité Regional, y abandonó el salón y luego el edificio.

Gran mitote se armó cuando se hubo alejado y lamentándose en serio algunos, y con simulada pena otros,

llegaron a la conclusión de que había que investigar con la ayuda del método propuesto por el viejo, si él o sus invitantes estaban en condiciones de merecer el título de hijo o hijos de la chingada.

Lo único que cualquier cronista de estas gentes puede asegurar, es que con aquella clase dada por el Jefe de la Tribu, quedó inaugurado y clausurado el plantel que la CROM, se había propuesto poner a disposición de los trabajadores.

I V

El Archivo General del Gobierno del Estado ocupaba las oficinas abiertas al corredor norte, planta alta, del primer patio del palacio que enfrenta sus arquitecturas, de puro estilo colonial, a las armónicas proporciones catedralicias. (Morelia es como una gran corola que distiende sus pétalos —caserío desgajado en manzanas— sobre las suaves y tibias lomas, levantando hacia el cielo las torres de su catedral como esbeltos y labrados pistilos). El sol —sol de invierno en esos días— hace penetrar sus rayos oblicuamente de sur a norte, (parece que está suspendido sobre las lomas de Santa María de los Altos), en el recinto donde duerme la correspondencia oficial.

Los empleados –entre ellos Arredondito que como el ladrillo del tango argentino, purga una condena y una señora de apellido extranjero– disimulan su aburrimiento removiendo paquetes que mugrosos cordones aseguran, en un esfuerzo optimista de imposible acomodo, porque nada se sabe allá de clasificación, de sistemas archivonómicos. Allí sólo se manejan paquetes cerrados que a lo sumo llevan prendida una etiqueta en que se leen las cifras con que se marca un año: 1920, 1935, por ejemplo. En muy raras envolturas de aquéllas se ha anotado el ramo de la Administración que originó la correspondencia. Los diarios oficiales o publicaciones de recopilación de leyes se encuentran en mejor orden, no obstante que se les dispensa menos atención, debido a que sobre cada ejemplar se pueden leer los datos de identificación para beneficio del investigador. De esto nadie tiene la culpa, si no se habla del gobierno mismo, más exacto es decir: de los gobiernos –que siempre consideró o consideraron que los empleos de archivista, bibliotecario y similares, eran propios para viudas inútiles o para viejecitos ignorantes–.

Don Alberto Trécani, ya muy viejo, tanto que había vuelto a su puesto de Jefe del Archivo rechazando la jubilación que se le había otorgado, porque la opinión

y fundadores en la ciudad de la Casa del Obrero (ubicada en San Ignacio, a espaldas de Las Monjas), institución que había apoyado la candidatura del General Francisco J. Mújica, para Gobernador del Estado, cuando se libró la más gallarda batalla ideológica en la tierra de Ocampo.

I I

Así como después del seis de enero de 1915, la conciencia campesina estaba ciega aun para el reconocimiento de sus propios derechos en materia agraria, debido fundamentalmente a que los señores curas lanzaban desde todos los púlpitos sus requisitorias contra una ley que “sancionaba el robo de las tierras de los señores amos”, pisoteando sus sagrados derechos de propiedad. En el campo sindical, aunque en menor escala, sucedía otro tanto, y cosa rara y curiosa, en el Estado de Michoacán fueron los maestros quienes más resistieron al avance de la organización revolucionaria. En la vieja CROM, que fue pionera y maestra en la realización de programas obreristas, figuraba uno que otro profesor, pero eran éstos nicolaistas que al llegar a Bachilleres habían obtenido autorización (sujetándose a una Ley del Gobernador Jiménez) para ejercer labores docentes en las escuelas primarias. La tradición magisterial no estaba por el

un arreglo a tres voces, como bello número de un singular programa ejecutado en la vieja plaza de toros? ¿Pudo contar don Alberto las veces que lució abrió la puerta para dar acceso a influyentes engallados, a las antesalas de la Secretaría Particular del Gobernador, situada en el extremo oriental del corredor de enfrente? ¿Observó, en el extremo opuesto, cuantas veces entró y salió de la Secretaría de Gobierno, don Manuel Cárdenas, con manojos de papeles muy importantes? ¿Acaso distinguió entre el bullicio de aquel alegre corredor, la rolliza figura de la inolvidable Ramona, cobrando a los funcionarios olvidadizos sus deudas pendientes con la Casa del Gallo Negro?. Puede que haya visto todo o que no haya reparado en nada. Sus ojos cafés tirando a glaucos, tal vez habían preferido contemplar las torres de la catedral que sobresaliendo de las alturas frontales de palacio, se dejaban ver, a partir del segundo cuerpo, elevándose –gloria de agilidad para las rosadas canteras– como dos espigas de amaranto, sobre el cielo azul de la amada tierra michoacana.

Habría transcurrido media mañana, cuando un hombre todavía joven, pero avejentado, alto, delgado y pálido, con lentes salió de la Secretaría General de Gobierno y se dirigió al Archivo. Era el Lic. Gordillo, y el lector nos permitirá darle algunos antecedentes del sujeto aunque no muy amplios:

Había llegado a la ciudad más o menos en los días en que fueron huéspedes –valiosos y queridos– de la tierra tarasca, los maestros y escritores Manuel Moreno Sánchez y Rubén Salazar Mallén, mismos que algunas veces nos proporcionaron visitas largas de gentes estimables como el gran bohemio Ernesto Carpy Manzano, y a veces de nulidades tan gloriosas como un tal Vera que invocó al silencio (y en él cayó) –guardándolo– en una solemne ocasión en que a instancias del General Marciano González, dizque habló para honrar a Morelos, sobre la tribuna, víctima de esa ocasión, que fue colocada en un arranque del hemiciclo frente a la estatua ecuestre del gran caudillo. Un quidam a quien decían Urtusástegui....

Pero no, ese sujeto fue a Michoacán por otras razones.

Decíamos que Gordillo era presentado por sus introductores como un hombre estudioso, pero a decir verdad, parecía tonto. Sus amigos contaban de él cosas extrañas. Así, decían que alguna vez fue abogado de un gobierno de cierto estado, y que habiendo sido la capital asaltada por fuerzas revolucionarias, la noticia fue llevada al abogado mientras despachaba en sus oficinas. Entonces –narraba el propio Gordillo– me vestí de Teniente Coronel y salí a combatir. También se le atribuían grandes poderes

imaginativos. Contaba que siendo muy joven, sus aficiones a la cacería fueron muy grandes, y que llegó a explorar en sus empeños muy remotas regiones selváticas. De ellas trajo como singular presea, un animal maravilloso: cuando lo encontró agazapado entre hoscas malezas, parecía un ave, porque claramente lo indicaba así su anatomía y porque piaba; pero a los pocos días de estar en el campamento, había adquirido la estampa de un felino y maullaba, convirtiéndose con el tiempo y ya en la zacatecana residencia del jurisconsulto, en un león.

Pero volvamos al Archivo donde tenemos a Trécani y sus empleados y al que ha llegado ya el Lic. Gordillo que va en busca de una documentación hecha por la Junta Central de Arbitraje, con ocasión de conflictos surgidos entre los Sindicatos de Nueva Italia y Lombardía y los propietarios de dichas haciendas arroceras, los señores Cussi.

El clorótico profesionista y raro cazador, llega al mostrador sobre el que los empleados del Archivo extienden expedientes y manejan los papeles que se les muestran. Sus ojos buscan gavetas, kardex, algún signo de la sistematización del trabajo en aquella dependencia. Se le ve en la faz de burócrata capitalino, que, se descorazona, que casi pierde la esperanza de encontrar lo que busca. Y así lo manifiesta imprudentemente:

–Señorita, creo que no voy a molestarla. Veo que aquí no es posible encontrar nada. Esto todo parece, menos archivo ¡Qué archivo va a ser esto....y ni a quién recurrir!....

Don Alberto, desde su silla, había estado observando. Sus ojos relampagueaban, pero se estaba quieto, porque su edad no le permitía agilidades ya olvidadas y el médico le había prescrito tranquilidad.

–¡Qué barbaridad, –decía con desesperación Gordillo– y ser tan urgentes estos papeles! ¡Que este Gobierno no pueda tener un archivista!.....

¡Virgen Santísima, y la que se armó!..... El viejo carbonario surgió como galvanizado por una inyección de juventud leonina y casi con tartamudeo, debido a la excitación, se enfrentó al abogado diciendo:

–¿Quién diablos es usted? Lo primero que se hace en una oficina, cuando se solicita algo, es presentarse. Su conducta revela que es usted un pendejo...¿Ha dicho qué busca?.... Si no lo ha dicho ¿cómo hijos de la chingada se le va a proporcionar? ¡Pobre cabrón, mentecato! Conque ¿no hay archivo ni archivista? Y esta casa ¿qué es? Y yo

quién soy, hijo de la chingada! ¡Pronto, dígame qué busca y ya verá si se encuentra o no! ¡Muerto de hambre éste que habla mal del propio Gobierno –porque es usted empleado, ¿o no?– que le mata la miseria! Qué ¿no sabe que está en la tierra de Ocampo –porque es usted extraño aquí, ¿verdad?– y que cada michoacano, por menos que valga, vale más que cualquier aventurero?

–Señor.....

–Cállese. Hable sólo para decirme qué quiere, porque cuando le haya demostrado que aquí hay archivo y archivista, lo llevaré a patadas hasta la calle.

–El señor Secretario General del Gobierno....

–A mí nada me importan usted y el señor Secretario a quien no debe meter en el lío, pendejo, idiota. ¡Vamos, ¿qué es lo que busca?

–Dispénseme, señor, busco unos contratos de trabajo que se celebraron hace dos meses entre los organismos sindicales de Lombardía y Nueva Italia y los correspondientes patrones.

—¡Qué literatura de cuistre! Lo menos que podía hacer era expresarse bien; no se dice ni se ha dicho jamás patrones: sino patronos; ¿no sabe lo que significa patrones?

Todos los empleados rodeaban a su jefe y de los corredores habían venido curiosos a presenciar el encuentro entre el Jefe de la Tribu y aquel desconocido. Siendo la ofensiva favorable a don Alberto, todos los presentes, ¡al fin michoacanos!, sonreían satisfechos.

—A ver; señorita —dijo don Alberto— tráigame aquel paquete que está atado con cinta roja. Debe tener un rubro que dice: Previsión Social;. Junta Central de Arbitraje. Contratos Colectivos de Trabajo. Mes de noviembre de19.....

Volvió la empleada con el paquete. Al abrirlo se encontraron los documentos que buscaba Gordillo.

—¿Ya vio, pendejo? Aquí hay archivo y hay archivistas. Siéntese y consulte lo que quiera. Y para otra vez sea prudente. No se puede hablar nunca como lo hizo usted, a un empleado público, y menos aún si ese empleado es michoacano y está en su propia casa. De hacerlo, espere las consecuencias: ya vio, estuve a punto de mandarlo a chingar a su madre.

Tal era en sus cóleras, el Jefe de la Tribu de la Banca Roja.

V

De las gentes que integraron la Tribu de la Banca Roja, unas fueron contertulios o socios de número en aquella ágora con que se ilustró la carga de folklorismo que floreció en tribuneros populares para ornar, ennobleciéndolo, el espíritu cívico de la urbe consagrada a Morelos; otros fueron visitantes, interlocutores eventuales del viejo Trécani; muchos no llegaron sino a simpatizadores. Había allí elementos jóvenes, casi adolescentes, que ahora son viejos, mientras que los integrantes maduros de la famosa peña han entrado a la decrepitud, si no es que han muerto.

A Florencio Núñez, el terrible jacobino, hace mucho tiempo que dejó de vérselo; a don Magdaleno, el del bazarizado puesto del portal Matamoros, hace mucho tiempo que la tierra tarasca lo espera para ofrecerle el descanso en su seno (ya su edad es muy avanzada); Santos García dejó este mundo hace muchos años; el pastor Paluminos quizá recorre otras tierras predicando el credo protestante; a José Álvarez y Gazca, el tremendo anticlerical

que cuenta entre sus hazañas haber superado la oratoria de Salvador Azuela, al alternar con él en la tribuna para honrar a los héroes, un cinco de mayo, en un festival de los inolvidables que se celebraban en el teatro Ocampo, ya sólo lo conocen en la ciudad de México. Al mismo Jefe de la Tribu lo vieron ya “hundirse en las brumas del lago del misterio los ojos de los cisnes”, precedido, con un intervalo de muchos años, de don Luis, aquel alcalde moreliano que mandó teñir de rojo la Banca Inmortal.

De los simpatizadores, se han ido Miguel A. Quintero, Francisco J. Mújica, Luis Mora Tovar, don Florentino T. Quezada (don Flor), Luis el Infiernero, Juan Abarca Pérez y probablemente algunos más. Entre los vivos, andamos nosotros, el Chino Sansón Flores, Antonio Mayés Navarro, Melchor Maciel, José Guerrero.

Como la Banca Roja no tenía dogma, aglutinaba a personas de credos muy diversos. Trécani era masón. Álvarez y Gazca exponían dogmas espiritistas, los cromianos estaban de acuerdo con las prédicas marxistas, pero declaraban ser moderados, rechazando en otras palabras las tácticas violentas contra el Estado: para ellos el marxismo era una ética social y el sindicalismo el sistema realizador, con armas específicas de lucha (label, boycott,

sabotaje y huelga); pensaban en el trabajador calificado como la mejor fuerza industrial para imponer justicia social, repudiando el plan de convertir las unidades sindicales o agraristas, de unidades económicas que deben ser, en núcleos políticos; no querían dictaduras del proletariado porque no creían en ella sino como en una dictadura común y corriente, dado que la respuesta que daban los teóricos que la postulaban acerca de su duración, constituía la mejor prueba de la falacia que dicha postulación implicaba. Si la dictadura proletaria implicaba. Si la dictadura proletaria ha de durar, en términos vagos, lo que se dure en aplastar definitivamente a la burguesía y en reeducar a las masas proletarias, ello implica la subsistencia de clases en conflicto, y por lo mismo el innegable carácter de Estado burgués, como cualquier otro, de la dictadura proletaria; esto interpretando el claro pensamiento de Engels sobre el origen y definición del Estado. En conclusión que la dictadura no sería del proletariado, que estaría reeducándose, sino de los vivos dirigentes del Partido Comunista; ni habría tenido resultados la revolución armada contra el Estado burgués, al ser sustituido por otro igual en sus características genéticas y funcionales. También pensaban los cromianos que la táctica comunista para lograr la conciencia de clase, estaba equivocada, porque en México los pobres siempre

han sabido que los ricos son sus enemigos, y lo que hace falta para mover las masas contra la injusticia capitalista, es una prédica y una lucha honradas, por conquistas constantes y progresivas que robustezcan al trabajador física y moralmente. El entrenamiento para el hambre en que han convertido la lucha social en México, los comunistas y los comunistoides, de buena o de mala fe, no ha logrado sino lo natural: una marcha incontenible hacia la inanición. Los indios precortesianos esclavos de sus propios regímenes autóctonos; lo fueron, después, de la Corona Española, durante la Colonia; siguieron siéndolo de españoles y españolizados, después de la Independencia que en nada los benefició, según lo demuestra el texto del Plan de Iguala. La Reforma padeció graves errores en lo que a la liberación económica de los mexicanos se refiere, y las revoluciones de 10 y 13, al convertirse en regímenes constitucionales, tampoco han apuntado soluciones satisfactorias; ha habido disimulos, leyes inoperantes, equivocaciones, prevaricación, demagogia. Y esta demagogia ha sido lo más malo, sobre todo cuando dejó de ser simple medio de engaño o de agitación, para tomarse en prédica de doctrinas comunizantes a las que es alérgica la sensibilidad mexicana. Y aquí entra la consideración del error de creer que hay que descoyuntar la economía de las naciones para lograr en ellas una dinámica

revolucionaria. Por que el quebrantamiento de un régimen de producción mediante la huelga loca, el irracional pliego de peticiones de satisfacción imposible, la tolerancia de las inmoralidades sindicales a cambio de la participación de las rapiñas de los líderes obligados a cederla para la organización y sostenimiento de sistemas de propaganda internacional, en los sectores de la industria; la atomización de la propiedad agraria, con la burocracia de las instituciones crediticias –insuficientes y poco honradas– encima, la red de caciques agraristas extendida por todos nuestros campesinos como instrumentos de sojuzgación de los trabajadores rurales, quienes amenazados con destierro, privación de la parcela o de la vida si no se dejan explotar o no respaldan al idolón de la leyenda ortodoxa, fenómenos del campo son los que constituyen la línea paralela de la vida obrera en la que por no acatar exigencias semejantes (de aportar cuotas, dejarse traicionar en las huelgas, consentir en el rebañismo político), viene la cláusula de exclusión, la represalia criminal que no pocas veces es el asesinato. Todo esto es negativo. No es así como llegará a robustecerse y convertirse en energía de acción la conciencia de clase, sino por el contrario con las conquistas, con la obtención de niveles de vida que merezcan **SER DEFENDIDOS AUN A COSTA DE LA VIDA**. Hambre más hambre da inanición, muerte. Los luchadores de buena fe, pero

equivocados, deben saberlo. La conciencia de clase indispensable para la revolución social no podrá lograrse, en los ámbitos mexicanos, organizando maratones de miseria, a base de lo que no se tiene, sino a base de defender lo que se haya conquistado. Por todas estas razones, expuestas en charlas sincerísimas, los cromianos de la Banca Roja no eran comunistas. El lector nos concederá, justificando este modestísimo trabajo, que sólo desbrozamos en su materia para que buenas plumas lo reemprendan, que la Banca Roja en cuyo seno se discutían libérrimamente éstas y muchas otras cosas llenó una verdadera tarea social, y que Trécani debe considerarse con sus peculiaridades y todo, como un gran maestro michoacano a quien honrar. Valdría la pena poner su busto sobre una columna, en el prado de la plaza principal de Morelia, más próximo al lugar que ocupó la Banca Roja, en la que tarde a tarde ejerció bravamente su magisterio Jefe de la Tribu.

Resumiendo, repetiremos que en la Banca Roja hubo gente de todos los matices ideológicos y del mismo modo hubo gentes de todos los humores; el pico-larguísimo de Nicolás Ballesteros, hecho pregunta llena de doblez o carcajada sardónica; la docta, pero intransigente palabra de Ramírez Mendoza; las frívolas salidas de tono del Gato misterioso; las ingenuidades exegeticas de Paluminos; la

fervorosa apología del espiritismo hecha por Álvarez Gazca; las doctrinas revolucionarias marxistas expuestas por el Estético y el Chango Sosa; los enredos jurídicos de Espino Arpide; las jacobinas arremetidas de Florencio Núñez contra la Iglesia Católica; la beligerancia polémica enérgicamente reclamada por Mayés Navarro; los versos revolucionarios del Chino Sansón Flores, que eran como piedrecillas ásperas con que rascaba sus comezones de redentor adolescente, cuando no producía, para los meses de noviembre, previa planificación del trabajo, con Juan Abarca Pérez, Director de La Lucha cuyo Secretario de Redacción era don Flor, literatura humorística para celebrar el día de los muertos. Las “Calaveras” eran comentadas durante muchos días en la Banca Roja.

Aquí yace Florentino
T. Quezada, el de La Lucha
que para eso de las hojas con refino
era una trucha:
más refino, siempre, que hojas
les ponía, sin endulzar.

Tal era la iniciación de la semblanza del Jefe de Redacción de La Lucha. El final de la composición, según la retórica de los autores, debía producir los mejores efectos. Sobrevenía la muerte del sujeto y después:

Y cuentan las monjas del convento,
de su largo y raído chaquetón
hicieron veinte mil escapularios
que vendieron a peso y a tostón.

Y cuentan que Syrquín, el usurero,
con saña de cosaco y de acreedor
pidió le adjudicaran el sombrero
por la cuenta pendiente de don Flor.

Don Florentino T. Quezada era un periodista de provincia. Bohemio empedernido. Simpático como todos los bohemios. Poeta inspirado. Chaparro y gordo, de voz ronca. Su rostro que ornaba una cabeza grande, proporcionada a su robustez general excluyendo la estatura, revelando el tipo sanguíneo, era rojizo –tal vez por las hojas (cocimiento de hojas de naranjo o sea té de dichas hojas) que como el verso dice iban siempre en mínima proporción ante la cantidad de refino (alcohol) con que don Florentino se tonificaba– y la rubicundez se atenuaba con una barba de ocho días, radiosa como las púas de un erizo de mar. Su vestimenta era amplia y casi siempre de color café. De allí las alusiones del bardo humorista. Como era liberal clásico, por contraste se hacía intervenir a las monjas a la hora de repartir sus vestiduras, dándoles el empleo que queda cantado.

Miguel Syrquín era un ruso que llegó a la ciudad vendiendo corbatas que llevaba sobre el brazo izquierdo. Después instaló una mesa en las puertas del Hotel Europa que regenteaba el poeta español Germán Figaredo. Acabó prosperando tan notablemente, que fue conceptuado como rico. Para entonces ya usaba bastón y fumaba puro. En sus inicios comerciales vendía al fiado a sus amigos de la Banca Roja y simpatizadores. Por eso se le alude reclamando el sombrero de don Florentino. Hace ya algunos años que se suicidó ahorcándose, en la ciudad de México.

No faltaba entre los muertos con “calavera”, don Alberto Trécani, lo que ocasionaba una tormenta de mentadas de madre, dedicadas al autor o autores del poema.

El Jefe de la Tribu se envolvió en su esclavina
sintiendo en la garganta el mortal estertor,
y al ver que se trababa su lengua viperina,
Mayés y Ballesteros le dieron golondrina
y un vaso de refino también le dio don Flor. Pero como:
ni las más raras fórmulas del ritual de Gazquita
magnífico hechicero, quisieron funcionar. y como:.....
echando una mentada de madre se estiró,
pues no hubo más remedio que darle sepultura,
por ser gente non sancta, muy lejos del panteón.

Si acaso tú, que pasas, sabes rezar, murmura
una oración pagana, más llena de ternura,
¡La corearán sus cuates Syrquín y Salomón!

Las gentes de los pueblos creen que comiendo golondrina (yerba de la), los niños que tienen la dificultad para pronunciar las primeras palabras aprenden a hablar, y es frecuente que a los tartamudos les administren tal remedio en cocimiento de gusto muy discutible. Por eso Mayés y Ballesteros le dan golondrina a don Alberto Trécani cuando el estertor de la agonía le impide lanzar sus ternos sonoros y se ve que consiguen algún éxito, puesto que “echando una mentada de madre, se estiró”.

Gazquita, José Álvarez y Gazca – era aludido en su ausencia, como el brujo por su dedicación al ocultismo. Sus fórmulas fueron imaginadas, porque se creía que el ocultismo medioeval practicado entre otros por un tal Gaetano –quizá un personaje de las Novelas de Zévaco– había luchado por encontrar el elixir de la vida.

Salomón era un judío que vendía ropa en el Mercado de San Francisco y fiaba casimires a sus amigos de la Tribu.

Casi todas las producciones humorísticas de esa época se debieron a la pluma de Sansón Flores, aunque no era el único que cultivaba el género.

—Este cabrón chino —decía don Alberto— es un pendejo, llama viperina a mi manera de hablar, ignorando, que las víboras no hablan. Si mi locomoción fuera viperina, sería comparable con las víboras, porque ellas se trasladan reptando. Pero mi palabra.... Si fuera en sentido figurado, se entendería que soy mal intencionado y cauteloso por perversidad, y yo siempre hablo alto, claro y frente a mi adversario. Pero —no cabe duda— este cabrón será un hijo de la chingada, pero tiene ingenio. Vale mucho. No hay que dejar que lo desperdicie.

La Banca Roja se fue reduciendo a su mínimo, cuando se fundó la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo, porque se implantó una ortodoxia ideológica personalista y doméstica, y también porque la CROM desapareció absorbida en forma violenta por el nuevo organismo que concentró muchos elementos que de la Banca Roja pasaron a las filas confederales.

Pero mientras vivió don Alberto, fallecido hace unos cuantos años, la Banca Roja subsistió con los más viejos y firmes de sus hombres, cumpliendo una misión, cumpliendo un deber. A la Banca Roja he querido rendir un homenaje con estas líneas, y la Banca Roja se identifica con Alberto Trécani cuya memoria se ha querido macular

diciendo que claudicó a la hora de su muerte, pidiendo un sacerdote que lo confesara.

La versión parte de un grupo híbrido de michoacanos en el que, para el comunistoide aferrado a la tarea de profanar tradiciones y negar los valores auténticos, conviene lanzar la especie y en el que, para el reaccionario imitador de Felipe Iguualdad simular radicalismo es artimaña para conservar o adquirir el privilegio, halagando a quienes escalaron la cumbre llegando a mandones ortodoxos del revolucionarismo exótico, apoyados en los hombros del pueblo, pero admirando a las clases que decían odiar y combatir, también resulta ventajoso reducir las proporciones del anti-obscurantista sincero y eficaz que fue don Alberto. Para quienes siguen siendo retrógados y clericales, ni qué decir que la negación de este gran ciudadano del ágora moreliana, es un deber.

Personalmente hemos requerido testimonios, pruebas de la claudicación y se nos ha contestado con los consabidos “dicen”, “aseguran” que nada prueban.

Contaban las beatas de la ciudad que dos arbolitos que se levantaban detrás de la Banca Roja, se secaron después de que una a una fueron cayendo sus hojas, una

por cada blasfemia, por cada mentada de madre pronunciada por don Alberto. La imagen es buena para demostrar la eficacia trecaniana en el combate contra los prejuicios, las falsas religiones, las demagogias perversas, los falsos dioses del éxito fácil, los groseros materialismos. Los derribó la palabra honrada de un hombre. Cayeron como las hojas secas que alfombran los campos del Otoño.



*Trécani y algunos de los suyos, en LA BANCA ROJA.
(fotografía proporcionada por José Guerrero, miembro de la Tribu).*



*El CHANGO SOSA, inteligente cromiano y distinguido acólito de Trécani. Othón es un
directo amigo del autor.*



Don Alberto Trécani en el restaurant del Hotel Morelos, acompañado de varios amigos, entre los que se pueden distinguir a Don Juan Abarca Pérez, Don Ramón Medina y Don Branch Simmons.



*El bardo amigo, Herminio Sánchez
Martínez. Murió el sábado 29 de septiembre
de 1928.*

✱

SESIONES DE LA TRIBU

LA MUJER

No, eso no puede ser, Don Magdaleno, –negaba casi coléricamente el Gato Rosales–.

–Aquí está el compañero Paluminos que no me dejará mentir. ¿No dice la Biblia Génesis 1–27, que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y que hembra y varón los hizo?

–Así es, contestó el Pastor del templo protestante que ostentaba su construcción de ladrillo sin estucar frente al Colegio Teresiano.

–¿De modo que Dios.....?

–No te asustes pendejo, –interrumpió el Jefe de la Tribu– sí es bisexual, en el más noble sentido de los términos, y así lo dice el Génesis, como acaban de decírtelo.

–Pues líbreme Dios de Dios. ¡Valiente divinidad nos están dibujando ustedes!, –indignado expresó Gabriel–.

–Mira, Gatito, –Prosiguió D. Magdaleno– déjame ir a levantar mi puesto y en seguida estoy contigo para

continuar la plática. Ve recordando, mientras, si conoces a Doña Cecilia Cibrián.

—Ve y te puedo adelantar, que por lo que se plantea puede ser una marimachista, ya que siendo de la especie humana, hecha a imagen y semejanza de Dios, que D. Alberto dice que es bisexual, la dicha Cecilia debe justificar ser, consecuentemente, partidaria del marimachismo. Y me asusta la consecuencia respecto a nosotros.

—Si quieres seguir en la conversación, sé menos vulgar, menos lépero, —sustituyó el Jefe de la Tribu al chacharero que recogía en aquellos momentos sus mercancías abandonadas en torno de una pilastra, casi al extremo norte del portal Matamoros—. Ese cabrón de D. Magdaleno te preguntó si conocías a Cecilia Cibrián, porque ella sostiene lo dicho de Dios en un libro que se llama El Problema del Sexo.

—Bueno, pues sí ...ya recuerdo, fue de las primeras comunistas mexicanas, estuvo en Rusia y se retiró del Partido —según ella lo ha explicado— porque a su leal saber y criterio, la Revolución bolchevique nada hizo, nada ha hecho por la mujer. Doña Cecilia es, posiblemente, y ya no me atrevo a afirmar nada, porque los chingadazos me tupen, feminista.

—Sí, creo que se puede decir que es feminista, con cierta exactitud.

—Tampoco usted quiere afirmar, y anda ya con los “ciertos” y “ciertas”.

—¿Me permiten? —intervino el Mantero, el católico de la tribu— el catolicismo ha dignificado a la mujer.

—Ya lo creo, —ironizó D. Alberto— pero no nos embrollemos. Tratemos de fijar un concepto del feminismo, apartándonos de toda caricaturización originada en la polémica. Se dice que consiste en la lucha por adquirir para la mujer los derechos civiles y políticos que el hombre tiene. Sobre esto hay estudios muy hermosos; en ellos se advierte que lo dicho se hace necesario como orientación, pues unos ven a las feministas como turistas sajonas, —guía en la diestra, cámara en la siniestra, botas de montar, calzadas y espuelas de hombre sobre las botas; o bien esas furias desmelenadas, vociferadoras en tan alto grado como las de Córcega, sino que éstas en los mítines, con los ojos echando lumbre, rompiendo cristales o arañando gendarmes—. Sobre mujeres corsas gritonas y vendetteras, y sobre endriagos como los descritos, lean en Paul de Saint Victor, y en Santiago

Argüello que en 1928 dio preciosas conferencias en la ciudad de México.

—Bueno, yo decía —interrumpió el Mantero—.

—Sí, tú decías, pero estoy diciendo yo, y no por acaparar, sino por orientar el debate. Ahora, no hay que olvidar que el principio de este diálogo fue la afirmación del Génesis de que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Que se hable de esto, y luego se hablará de lo que vale la mujer, y la necesidad o necesidades de que intervenga en la vida pública, si se le ha estimado, cuándo y por quién y cómo. Ahora, D. Magdaleno, sígale. Su pleito es su pleito.

—Decía.....

—Decíamos ayer... —se burló Othón Sosa—.....

—Cállate, Chango bailarín —apostrofó muy serio el Jefe de la Tribu—. Deja en paz a Fray Luis que por hablador y creyente fue a dar con sus huesos al calabozo de la Inquisición. Sean respetuosos, con una chingada.

Don Alberto dice que Dios es bisexual —reasumió Rosales su posición frente a D. Magdaleno—. Esto se debe

a que la copia tiene que repetir al original, parecerse a él. Y si Dios creó al hombre, hembra y varón, Dios debe ser también varón-hembra.

—¡Usted sostiene eso, Don Magdaleno?

—Yo no, Gatito, la Sagrada Escritura.

—Pero Dios —dicen ustedes que afirma el libro ése—... los creó hombre y mujer. No me han explicado si Dios creó al hombre —género— o si el libro se refiere a las dos especies —hembra, macho—, para incluir precisamente el género. En ese caso, no veo lo de la bisexualidad.

Don Magdaleno puja, porque su dialéctica es inferior a la del Gato, no obstante que el buen Rosales no gusta de estudiar. Entonces, mientras ríen a carcajadas que inician Ballesteros y Sosa, el Jefe de la Tribu entra a la estacada:

—Qué cabroncito tan sutil me estás resultando. De todos modos, si el texto dice que hizo al hombre, en género, hombre y mujer a la vez; o bien si dice que fueron creados por separado, mujer y hombre, tienen que incluirse los dos ejemplares en la condición de imagen del creador. Carajo, yo no sé por qué no leen, por qué no estudian. —¿No conocen Los Grandes Iniciados, de Shurer? ¿Nunca

han leído ni los Estudios Indostánicos de Vasconcelos? ¿No han pasado los ojos por las literaturas religiosas orientales? Y que más da que a Dios lo supongamos bisexual, multisexual, si fuera posible?

—Pues— mire, D. Alberto, yo tengo muchas dudas —sondeó Rosales— el hombre fecunda a la mujer, pero la mujer no fecunda al hombre; en el caso de Dios, quién fecunda a quién?

—Ya te dije, Gato malicioso, que no te toleraría tus conceptos burdeleros de sexualidad. En Dios existe el eterno femenino y el eterno masculino y la creación; la triada es así: Madre, el eterno femenino, padre el eterno masculino; hijo, la creación; “dos chispas en un rayo”, “dos almas que se funden en la unidad de una flor”.

—¡Újule, ya me está haciendo de poeta!

—Ya hablaremos de eso. En conclusión, que la mujer vale tanto como el hombre y el hombre tanto como la mujer.

—Yo decía, D. Alberto, que el Catolicismo.....

—Ya, pinche Mantero, —se enfadó el Jefe de la Tribu—. ¿Creías que le tenía miedo a la observación? A la mujer la

han, la hemos chingado todos y en todos los tiempos. En la Edad Media hubo un concilio, reunión en que la flor y nata de los teólogos discutió si la mujer tenía alma. ¿Te das cuenta, pendejo? Los cristianos a la altura del salvaje primitivo que fue más fuerte que la mujer y la sometió.

—Éjele, D. Alberto, —sonrió triunfante Rosales— usted el otro día, más bien la otra noche, nos habló del Matriarcado; textualmente dijo usted que el hombre había valido huevos, que la creadora de la cultura había sido la mujer durante el Matriarcado.

—Me gusta que aunque a lo pendejo, te acuerdes de lo que he dicho. Sí, el Matriarcado fue una etapa fugaz de gloria femenina, obtenida con dolor y con sacrificio, impuestos por el varón. Cuando las tribus nómadas abandonaron a las mujeres porque eran lastre al estar preñadas, y las dejaban en gran número, se unieron las miserables, se hicieron sedentarias, y crearon las primeras poblaciones asentadas, cultivaron el campo, organizaron el trabajo, aprovecharon la convivencia y le señalaron tácitamente al echarla a funcionar, sus propósitos de vida mejor; enseñaron a sus hijos la agricultura y con ella los incipientes datos de lo que algún día llegaría a ser la ciencia

y el arte, la religión y el derecho. Pero los hombres volvieron a ver los frutos fáciles del trabajo femenino y dominaron por la fuerza. Lean los estudios de Bachofen, por favor, hijos de María Santísima.

—Síguele tú, Othón, porque yo ya no hallo qué decir. Para insultos no alcanzo. Ya hemos platicado contigo.

—Don Alberto, usted tiene razón —dijo muy políticamente Sosa— pero el hermafroditismo no lo conocía yo en usted, digo en su criterio, como una posición doctrinaria, sino como un juicio condenatorio del pederasta.

—¿Quién ha hablado de pederastas, Chango del diablo? En ciencia se habla de positivos y negativos —así se consideran los signos en matemáticas; las corrientes en electricidad; las polaridades en astronomía—. Las contrarias nacen de las contrarias, enseñaba Platón. Precisamente el pederasta es reprobable, porque es monstruoso, con responsabilidad o sin ella, pero rompió la diversidad que hace lo fecundo en la combinación de las fuerzas universales. No se autofecunda, y por otra parte, y por eso le repetí al Gato que no pensara léperamente, la evolución que admite, en comentarios brillantísimos, el biólogo católico Lecomte de Nony, separó las entidades físicas

hombre-mujer, que siempre están buscando unirse por la fuerza que las originó. En el Universo científico existe la gravitación, en el espíritu del hombre existe la dinámica irresistible del amor.

—Entonces, yo puedo amar a un hombre..... —se avergonzó Othón Sosa— es un ejemplo...

—“Juró amarme un hombre sin miedo a la muerte”
—cantó la tribu en coro—.....

—Lo debes amar como a semejante, pero no como a mujer. Tan es así que esa clase de amores no conservan la especie, y por ello contravienen la ley de la vida.

—La Sagrada Escritura —intentó hablar el Mantero—.....

—La Sagrada Escritura y debes ver el Levítico, imponía purificaciones a las parturientas, pero más estrictas y amplias a las que daban a luz mujeres.

—Los filósofos, los librepensadores... —alegó Othón—.....

—También esos cabrones hicieron lo suyo: la mujer era un platillo sexual (Diderot); un bello jarrón de tocador (Montesquieu); por la emancipación doméstica hablaron

Condorcet y Siéyez, en la tribuna y en la prensa, respectivamente, pero Mirabeau, Danton y Robespierre estuvieron en contra. ¡Eso dio a las mujeres la Revolución Francesa. El despotismo napoleónico (Código de Napoleón) les dio la triunfal obligación de “prestar obediencia al marido”!

–Yo quería decir –clamaba el Mantero– que los escritores católicos.....

–¡Uhhh!–¡Ya...Ya...! –protestó la tribu y a la expresión interjectiva siguieron las retumbantes carcajadas de Nicolás Ballesteros.

–Fray Luis..... La Perfecta Casada..... –intentaba hacerse oír el Mantero–.

–La regocijada rechifla no lo permitía.

–Don Severo Catalina..... gritaba terco el católico pero sólo se oyó a D. Alberto.

–Esos señores sólo dicen vaciedades. La Historia es más elocuente. La Biblia nos presenta a un Labán que

recibe, a un Jacob que entrega, pero sin intervención de las hijas. “Llévate ésa” y a poco, rectificando: “no, mejor llévate esa otra”. Grecia ponía guirnalda al frente de la casa, si nacía un varón, rueca si era hembra; el paganismo las rifaba entre los jóvenes o las ofrecía como trofeo. En Grecia perdía la herencia, y en Roma el pater-familias la casaba con quien quería y si le iba mal, el padre podía rectificar y a otra cama, con otro desconocido, o al menos no amado.

—Dios ...trataba de interrumpir el Mantero.

—Claro, Dios “proyecta la masculinidad de su verbo sobre la feminidad de su esencia; su fuerza se anega en dulzura y su poder en amor”. La ciencia enseña que la bisexualidad del hombre se observa en las conservaciones de signos característicos en la mujer y en el hombre. El “hombre-mujer” tenía la masculinidad del querer con la feminidad del amar; la voluntad era el varón; el amor la hembra”. No hay sexos solos en la naturaleza. No se trata de “las tangencias epidérmicas, fugaces contactos funcionales, sino dedos mentes que bésanse en la sexualidad del pensamiento; dos voluntades que se armonizan en una sola voluntad, como se mezclan en la unidad de una cascada, el empuje que arrastra, con la

espuma que irisa” (Mi mensaje a la juventud, de Santiago Argüello).

Amigos, me voy, porque empieza a hacer frío.

Se despidió el Jefe de la Tribu.

—Este viejo estuvo hecho un poeta..... —decía Reséndiz al Gato cuando se retiraban hacia sus domicilios—.

Othón Sosa agregó: Se fue la hora en lirismo, sería bueno que habláramos sobre el feminismo de infiltración, el que nos está quitando los empleos.....

—Pues mañana se la soltamos al viejo.

Y se separaron.

Don Alberto, acompañado por Panchito Valencia, iba con rumbo a la calle ancha (Av. Del Trabajo) por el Jardín del Carmen.

—Mira, hijo —le dijo al minúsculo Cromiano—, quiero mucho a esos cabrones; los regaño y les grito para despertarlos, pero son inteligentes. Lástima que estén condenados al fracaso... No son dóciles... y hacen bien.

Ese Chango, ese Estético, ese Feroz, ese Gato, Gazquita, Magdaleno (aunque viejo)Para qué enumerar, todos valen. Quizá alguno de todos me recuerde algún día.....
Ya vete hijo, ya es noche. Hasta mañana.

EL CRISTIANISMO

Ya pesqué al viejo, —expresó Fidencio Reséndiz a Ballesteros y demás socios de la Banca Roja, aquella tarde del sábado de gloria—, ¿dónde creen que lo vi anoche?

—Visitando los altares...

—No seas pendejo, te digo que ayer en la noche; los altares o las siete casas como dicen las beatas, se visitan el jueves de esta semana, apellidada mayor.

—Seríano se me ocurre.

—Pues lo vi en Las Monjas, echándose un sermón de D. Luis María Martínez. Tiene simpatía por él, acuérdense —agregó impulsando a la plática a todos los presentes—, cómo puso al infiernero cuando le gritó desde aquí, al pasar el Obispo, que por qué usaba el María que era nombre de mujer.

El buen Estético se moría de la risa, mientras contaba lo anterior, pero se puso serio cuando llegó D. Alberto y empezó a examinar a sus amigos, tratando de ver qué los tenía tan sospechosamente eufóricos, con refrenadas manifestaciones de alegría risueña.

—Algo traen ustedes, cabrones, —exploró el Jefe de la Tribu— en sus hocicos hay una plegadura de la jeta que quiere ser sonrisa, pero no es más que un gesto malicioso ¡A ver, tú, Panchito (Valencia): ¿qué traen estos cazadores de leones en las banquetas de Morelia?

Panchito se inquieta, pero dice con resolución:

—Dice Fidencio que usted asiste a escuchar sermones. Que lo vio anoche en Las Monjas en la ceremonia de las exequias, y que hasta estaba cantando la sequentía respectiva haciendo desentonar al coro.....

—Mira qué muchachito hijo de la chingada, tan rico en imaginación. ¿Dijiste eso, mentecato Estético?

—No todo, pero en parte. Además, nada tiene que sea católico, sino que usted ha dicho.....

—Lo que he dicho lo sostengo, pero ¿no les he hablado alguna vez del arte? también hay arte en el catolicismo —yo diría que es un acaparador del arte—, y en el campo de la elocuencia, como en otros, ha tenido magníficas luminarias: Bossuet, Fenelón, Bourdaloue, Massillon, Fletchier.

–¡Újule, qué bien conoce a los franceses, alguno de esos era el botafumeiro de Luis XIV...

–No hablo de política, hablo de arte. México también ha tenido sus grandes oradores y si hablé de franceses, faltó Lacordaire; España tuvo buenos hablistas, Portugal a los locos fundadores de la oratoria gerundiana. Si te interesa México, Fray Servando Teresa de Mier era un chingón, sino que le salió aquello de que el pez por su boca muere, ya que al asegurar que era una piadosa mentira lo de la aparición de la Virgen de Guadalupe, sufrió prisiones, destierros y toda clase de molestias en lo mejor de su vida.

–Y ¿usted no cree en la aparición?

–Yo pienso lo mismo que el regiomontano. ¡Qué, no has leído los estudios de Altamirano sobre esa aparición, la de la Virgen de los Ángeles y otros mitos por el estilo, aunque no tan bellos como el que se cuenta situando la acción en la colina del viejo adoratorio de Tonantzin?

–Pues... no le entendemos –intervino Panchito Valencia– unas veces truena contra el cristianismo y otras está metido en las Iglesias.

—Cállate, chilpayate inconsciente, o te rompo el bastón en la piedra que llevas por cabeza. ¿Quién te dijo que yo no admirara el cristianismo muy cordialmente? Al catolicismo lo valoro con la inteligencia; al cristianismo lo pondero con el corazón. El cristianismo es amor..... la liga más hermosa en lo existente.

—Oiga, D. Alberto, la religión es el opio del pueblo, —reasumió el diálogo Reséndiz—.

—Sí, eso dice el barbón Marx, el anticristo, pero debes saber que no siempre la fe es ciega, hay fe ilustrada; por otra parte, Marx no hace sino cambiar el orden de las ideas, inútilmente, porque bien podía predicar el amor cristiano, sin que ello fuera obstáculo para el desarrollo de una actitud de lucha económica en los términos en que él la quiere, si en verdad desea el mejoramiento puramente económico, puesto que ni quiero creer en el alma, ni en sus destinos. Se ha demostrado, y el mismo Marx ha condenado el hecho, que existe organización economista —llamada del economismo—, porque se desentiende del esfuerzo político por el poder; entonces de la misma manera, podría haber organización con fines fincados en el economismo, sin meterse a combatir el espiritualismo religioso, falso o verdadero, pero real en

la conciencia de las gentes. Pero con la misma saña que se opone el pedorro barbón a la vida religiosa se opone al exclusivo economismo, porque quiere política; anhela el poder y no será para las masas, porque no podrían celebrarse asambleas totales para discutir agoralmente, como en Grecia, las cuestiones de Estado, sino para minorías de vivalesNo, no quiere economismo, no quiere ventajas parciales para los trabajadores, quiere que prefieran el espíritu combativo a la satisfacción de sus necesidades urgentes, quiere que desaparezcan los salarios, y aborrece los mercados libres, porque no los quiere de consumo, sino de tarjeta de racionamiento. Estatismo, estatismo y más estatismo.

—Usted me sorprende, creí que era marxista.

—Nunca he pertenecido a la CROM; por más que siempre he simpatizado con el esfuerzo obrero por su emancipación. Tampoco pertenecí a la Casa del Obrero Mundial. Formo parte de una Logia Masónica, porque allí somos liberales, libres pensadores, sin arriero; y aunque preveo que puedes decirme que la Masonería no nació en México, ello no invalida que, porque la organización haya tomado forma en otro mundo, en otro continente, la idea

no sea propia del género humano; pensar que los hombres nacemos con la dignidad o categoría en el mundo animal, para ser pensados y constatados como libres e iguales filosóficamente hablando, y biológicamente también porque tenemos igualdad de naturaleza; que tenemos derechos, por el simple hecho de haber nacido, para vivir, y ser lo más felices posible, con los medios de derecho accesorios, como el derecho al trabajo y al fruto de esa actividad.

—Se está haciendo viejo y reaccionario, D. Alberto.

—Si ser reaccionario es para ti igual a ser hombre libre..... sí. Pero dime grandísimo ...esteta... ¿No distingues? ¡Qué vas a distinguir! que es sofístico el marxismo y que el flatulento barbón es idealista, a pesar de que a los idealistas, como él llama a sus maestros (Hegel entre ellos) queriendo ofenderlos, les debe el escaso mérito de su trabajo? ¿Por qué quiero la desaparición de la propiedad privada y de los medios de producción? ¿De dónde, en Economía Política, saca que tenía razón Proudon para decir que la propiedad es un robo, y que la plusvalía —ahora él mismo— es la acumulación del trabajo no pagado, es decir robado? Los términos robar, justicia social, equitativa

no sea propia del género humano; pensar que los hombres nacemos con la dignidad o categoría en el mundo animal, para ser pensados y constatados como libres e iguales filosóficamente hablando, y biológicamente también porque tenemos igualdad de naturaleza; que tenemos derechos, por el simple hecho de haber nacido, para vivir, y ser lo más felices posible, con los medios de derecho accesorios, como el derecho al trabajo y al fruto de esa actividad.

—Se está haciendo viejo y reaccionario, D. Alberto.

—Si ser reaccionario es para ti igual a ser hombre libre..... sí. Pero dime grandísimo ...esteta... ¿No distingues? ¡Qué vas a distinguir! que es sofístico el marxismo y que el flatulento barbón es idealista, a pesar de que a los idealistas, como él llama a sus maestros (Hegel entre ellos) queriendo ofenderlos, les debe el escaso mérito de su trabajo? ¿Por qué quiero la desaparición de la propiedad privada y de los medios de producción? ¿De dónde, en Economía Política, saca que tenía razón Proudon para decir que la propiedad es un robo, y que la plusvalía —ahora él mismo— es la acumulación del trabajo no pagado, es decir robado? Los términos robar, justicia social, equitativa

distribución de la riqueza, etc. no son términos procedentes de la Economía. La Economía no es ciencia moral. Es ciencia de la adquisición. Ciencia para adquirir riqueza. La palabra equidad, (viene del Derecho romano, equitas) y no quiere decir exactamente igualdad; la palabra robo es de origen ético lo mismo que la palabra justicia. Entonces, Marx, enemigo de la ética, por ser disciplina fincada en premisas idealistas, predica una doctrina de lucha en favor de una ética ...idealista. Además, tú, estético marxista, ¿por qué discriminas a los campesinos? Yo te he oído decir que son reaccionarios..... los valdenses y los albijenses habían enseñado lo mismo pero mejor que Marx.

—Y lo son —interrumpe Ballesteros—, en Rusia fue necesario matar kulacs.....

—Pero aquí la sangre de los campesinos fue la que logró el triunfo de la Revolución...

—Y la de los batallones rojos...

—Sí, hubo batallones rojos, murieron en el Ébano, pero al colaborar con el régimen, al triunfo de la Revolución, han tenido como fruto una domesticación de la que será difícil que salgan... ahora, los profes quieren

uniones de maestros, porque “no son cargadores” para sindicalizarse; el Güero de la Fonda dizque tiene un sindicato en la zona de Zitácuaro, pero ¿Qué ha conquistado? A la CRMT. No han querido acercarse intelectuales, fuera de los que ya venían de la Casa del Obrero, la CROM, (que no me podrás explicar por qué no cuenta con la gracia y sí con la hostilidad de los políticos prevaricadores), si no son Lolita Núñez, Manuel López Pérez, Mayés Navarro, Jesús Sansón Flores, Mora Tovar venía desde la época de Mújica, en la Casa del Obrero, en la Liga de Comunidades y así los otros descontando a los muchachos anotados. Siguiendo con lo de los campesinos ¿qué se les ha dado? Ni tierra porque no tienen nada escriturado; ni crédito, ni garantías, porque los persiguen y los matan los antiguos hacendados o las autoridades que ellos han propiciado. Los curas predicán contra el robo de las tierras.

—Es que si los campesinos recibieran escriturada la tierra la venderían, objetó el Gato.

—La venderían algunos, los que no son campesinos, porque los censos básicos fueron requisitados a como dio lugar. Así todo irá mal, no habrá producción, habrá hambre, porque los pequeños propietarios son estorbados

en su labor lo que no obstante, les permite ostentar el 7.3 de la producción Nacional, frente al 2.7 de los ejidatarios; y hay que tener en cuenta que el pequeño propietario representa el 15% de la población rural y el ejidismo el 30%.....

–Volviendo al Cristianismo, no me considero cristiano, porque no soy virtuoso; fui a oír a D. Luis María Martínez, porque es un chingonazo en el púlpito, no porque busque su palabra de pastor de almas... a mí no me pastorea más que mi razón, pendejos, y cuidado con que me andes espiando, casto Estético, porque te acomodo mi bastón en todo lo que de pureza guardes en tus escasas regiones glúteas.

–El Cristianismo es una doctrina altísima y consiste en cumplir unos cuantos preceptos: amar a nuestros prójimos como a nosotros mismos, amar a nuestros enemigos; aprender a renunciar y no pecar por adquirir.

Y se retiró, altivamente, el Jefe de la Tribu.

–Ya los ilustré, por aquí nos vemos mis hijitos... de..... ya saben, cabrones.

LO QUE LE PASÓ A GALILEO

El estudiante, guiado por el más joven de los asistentes a la temible peña de la Banca Roja, Panchito Valencia, se armó de valor y preguntó a D. Alberto si era verdad que la Biblia mentía.

—Mira hijito, yo he dicho que la Biblia contiene falsedades y necedades, no obstante que es un monumento del genio humano. Falsedades, porque como obra humana, no podía ser perfecta; necedades, porque se ha dado en decir que la Biblia fue escrita por Dios mismo.

—Dicen que hay libros escritos por Moisés.....

—Sí, por ejemplo el Pentateuco y el Deuteronomio. Éste se encontró cinco siglos después de muerto el gran caudillo Moisés y tenemos noticia de su encuentro en el templo por el capítulo 22 de los reyes V. 8 y siguientes. El primero, sin ningún fundamento, le es atribuido.

—Y por qué ese empeño?

—Pues, hijito, tal vez por la decadencia del tiempo de Josías, en que se habían violado las doctrinas mosaicas.

Quizá un reformador, inspirado en las ideas del que emancipó al pueblo de Egipto, juzgó oportuno poner su libro en el templo para que al hallarlo se lo llevaran al rey y el rey proveyera en favor.....

—No le parece que es suponer...

—Pues sí, pero es mejor suponer esto de acuerdo con los hechos históricos, considerando piadoso y hábil atribuir al prestigio del desprestigiado y olvidado Moisés, la hechura de un libro que iba a ser útil (los hebreos andaban por la idolatría, entre otras cosas de su relajamiento, que pensar en que Moisés había guardado en el templo la obra para cuando fuere necesario hacerla llegar al gobernante...). Pero dime, muchacho, cuál es tu problema o nos vienes a tomar el pelo.

—No, señor, quiero saber sobre la verdad en la Biblia, si la ciencia la ha desmentido.

—¡Ah, vamos! Es la Biblia la que ha querido desmentir a la ciencia, o más claro, la Iglesia ha intentado retorcer los textos bíblicos para que desmientan a la ciencia. Y se ha valido hasta de violencia física, del tormento, del fuego, ¿no sabes lo que le pasó a Galileo?

–Descubrió el movimiento de la tierra. Qué, ¿eso no está de acuerdo con la Biblia?

–Mira e investiga. Oye y aprende: La Congregación del Índice (Index Librorum Prohibitorum) condenó las Obras relativas a los descubrimientos de Galileo y de Copérnico, allí la verdad que tú has recordado, la de que la tierra se movía, se mueve, el 23 de agosto de 1634, “por absurdas y heréticas, falsas y contrarias a las santas y divinas escrituras”. Fueron borradas del Índice prohibitorio en 1835.

–Sería porque el proceso se prolongó.....

–Mira, criatura: ¿sabes de algún proceso que haya durado 201 años? Ya públicamente se enseñaba la doctrina de Galileo y de Copérnico, y el capricho de la Congregación romana todavía persistía en la sentencia avergonzadora.

–Bueno y qué, ¿nadie tenía, ni el Pontífice, autoridad sobre la tal Congregación?

–Pues tal vez había valor entendido, porque no se explica que ante las reclamaciones y protestas se continuara en el error tremendo, por ser contra la razón, lo más elevado que tiene el hombre. Hubo pruebas, evidencias, además de las quejas. En cuanto a los Papas, Benedicto XIV dictó

sentencia de cancelación el 10 de mayo de 1754 y Pío VII decretó en igual sentido el 25 de septiembre de 1822.

—Oiga, señor Trécani, y ¿cómo ha sabido usted de todo esto?

—Estudiando, yo no soy ningún portento. Soy un simple burócrata, pero amo los libros, y fíjate, que digo los libros, porque nada hay más peligroso que el hombre de un solo libro. Es como el pato que cree que no hay más agua que la de su estanque. La fuente de información al respecto, está constituida por los archivos vaticanos, y lo que corresponde a Galileo, lo fotografió un católico notable, el Conde Enrique de l’Espinois. Un extracto nos dice que se dijo a Galileo:

“Has sido denunciado en 1615 al Santo Oficio, por sostener que el sol está inmóvil en el centro del mundo y que la tierra tiene un movimiento diurno; porque mantenías con este motivo correspondencia con los matemáticos de Germania; porque publicabas cartas sobre las manchas solares en las cuales presentabas estas doctrinas como una verdad; porque a las objeciones que se te hacían contestabas explicando la Santa Escritura según tu idea. Conforme a la orden del Papa Paulo V y de

los cardenales, los teólogos encargados de esta misión han calificado así las dos proposiciones: el sol está en el centro del mundo, inmóvil. –Falsa en filosofía y herética en su expresión–, porque es contraria a la Santa Escritura.

La tierra no es el centro del mundo; no está inmóvil, pero se mueve por un movimiento diurno. –Proposición igualmente absurda y falsa en filosofía–, y considerada desde el punto de vista teológico, errónea en la fe..... Declaramos que te has hecho fuertemente sospechoso de herejía.....”

–Oiga, D. Alberto –interrumpió Juan El Garabato– ¿Qué sería lo que estos cabrones se proponían con negar lo que estaba demostrado? ¿Qué daño se les podía venir de que la tierra se moviera?

–Dicen los que saben, Juanito, y te felicito por esa aguda pregunta, que del movimiento en sí de la tierra no podía derivarse ninguna herejía, ni siguiera con la oposición entre lo dicho en la Biblia sobre la tierra “plana como una piel extendida”, y las afirmaciones del sabio Galileo, porque no había dogma al respecto, con materia concreta para el caso; eso que yo sepa, pero sí lo había en lo general lanzando anatema para quien no creyere a pie juntillas lo dicho en las Escrituras, lo veo, era temerario,

ya que la misma Iglesia tiene reservas en cuanto a algunos libros: Esdras, por ejemplo, y en cuanto al libro de Job, su autor, quien sea su autor, ha provocado dudas, aquello de que las escrituras son obra del Espíritu Santo, Espíritu Santo del que sólo se habla después de la Vulgata. En 384 se encomendó a San Jerónimo... Pero me estoy desviando: dicen los que saben, repito, que si se aceptaba la doctrina de Galileo, no se tardaría en pensar en otros mundos habitables y entonces el privilegio de la Iglesia, como administradora de una gracia divina no circunscrita a la tierra, ni a las almas de los solos cuerpos terrestres, quedaba en peligro. Las “varias moradas de mi padre” se venía aclarando como pluralidad de los mundos para la pluralidad de existencias. Infierno, Gloria, Muerte y Juicio, se venían abajo en la conciencia de los fieles, que será lo que suceda al fin de cuentas.

—No cabe duda, D. Alberto, de que es usted un chingón —dijo entusiasmado el escolapio— y no es como el pinche maestro de dibujo que presume de tragacuras, pero ni da la razón de su criterio y sólo busca impresionar a los alumnos, creyendo que pone una pica en Flandes.

—Mira qué cabrón muchacho, pronto aprendió el vocabulario de la palomilla de lenguas rayadas que nos rodea —dijo riendo el Jefe de la Tribu—.

Ya en las ventanas de las habitaciones de la parte alta del edificio en que la tienda de El Cairo estaba instalada, se habían apagado las luces. El geletinero de la esquina de la tienda de ropa La Mina de Oro, había empezado a extender sus multicolores mercancías.

Los cromianos y gentes procedentes de la Casa del Obrero, felicitaron a Trécani, y lo acompañaron a su casa.

Tal era la palabra, a veces semiserena, del Jefe de la Tribu que en aquella ocasión había estudiado cuidadosamente el asunto de su plática, llevando hasta papelitos escritos, dado que le habían insinuado la presentación e inquietudes del predispuesto neófito, candidato a formar parte de la célebre peña.



LA BIBLIA

De modo, Piturrias, que en tu manera de pensar, vale más el luteranismo que el catolicismo? —acosaba a Victoriano Mendoza— protestante, —según dice entre el populacho de todo aquél que no va a misa— el Gato Rosales, mientras Llamillez (manera de decirle Ramírez), Reséndiz, D. Magdaleno, D. Luisito, el Rey, Gazquita, Nicolás Ballesteros, escuchaban con la atención si no muy respetuosa, al menos silenciosa, interesados en saber en qué pararía aquella polémica que se prolongaba ya casi una hora. Y lo que más divertía a los miembros del auditorio, no era lo que estaban oyendo, sino la cara y palabras con que el Jefe de la Tribu acogería aquel duelo entre dos de sus cofrades de la bermeja banca, también llamada la cátedra albertina. (En efecto, D. Alberto Trécani no se había presentado a la diaria tertulia agoral, como decían algunos en serio, y agorera, como decían los enemigos del lenguaje trecaniano, aunque tal enemistad era debida a su criterio libérrimo en todos sentidos, que campeaba en el ámbito de la peña).

—Claro que sí, —contestó Piturriano o Piturrias— nosotros somos progresistas, no dogmáticos; entre nosotros nos ayudamos caritativamente, porque Dios es caridad.

—No me chingues, amigo, ustedes son “simplicios”, me refiero a los feligreses (y el Gato hizo un signo con las dos manos abiertas, vueltas hacia abajo, como si aplanara algo), porque los pastores y entiendo por ellos a los altos jerarcas, son chingones. Son progresistas, la ciencia aplicada, la ciencia que produce riqueza, la necesitan para dominar; son liberales, porque siguiendo la corriente a los pueblos aburridos del formalismo católico con rezos y más rezos, que es a lo más que se llega en las iglesias comunes y corrientes, logran el contraste y se atraen adeptos, y se ayudan unos a los otros en plan de confabulados para combatir un credo, pero no por caridad.

—Sin forzar las cosas, admities que contrastamos con los formalismos católicos ¿no, pichón?

—Eso es cierto, porque me refiero a las rutinas a que se conduce al pueblo para ahitarlo de oraciones prefabricadas, plegarias de machote,...

—¿Qué es ahitar?

—No te hagas pendejo, es rellenar, hartar, meterle en la cabeza enormes cantidades de fórmulas dizque para elevarse a Dios. Pero decía, y vuelve al asunto de la diferencia entre catolicismo y protestantismo, sin que yo

defienda ninguna de las dos posiciones como credos, sino objetivando mis razones, que ustedes son tan fanáticos, como que han quemado brujas, y no envidian nada a los del Santo Oficio, trabajan por el dominio y su liberalismo se muestra aún con los miembros de las Iglesias luteranas de los Estados Unidos, a las que pertenecen los políticos que han intentado el dominio de México; por lo demás, con su culto de cuáquero, tan sencillo que llega a una pobreza mental que es indigencia vergonzosa no se puede lograr para el pueblo una euforia mística. El arte no es, en el catolicismo, obra de la Iglesia, pero lo ha fomentado, y la arquitectura, la suntuaria, la música, los misterios de altar, de simbolismo filosóficos, impresionan.....

—Sí, impresionan sin dar a entender nada...

—El arte no es problema intelectual, sino en parte.....

—Bueno, ultimadamente somos mejores, porque defendemos una Iglesia sin dictadura, una Iglesia sin Papa.....

—Ahora verán, cabrones, —intervino Reséndiz risueño y esperanzado— ya viene el viejo y ahora esto se pondrá bueno.

—Señores, buenas tardes —saludó el Jefe de la Tribu, y se sentó, sin esperar respuesta a sus palabras—.

—Sígale —insinuó Reséndiz entre las risas jolgoriosas de los demás oyentes, y dirigiéndose al Gato y a Piturriano—.

—¿Discutían algo? —inquirió D. Alberto—.

—Platicábamos sobre el protestantismo y el catolicismo.

—Valiente par de pendejos y valiente par de chingaderas.

—Qué, —se excitó Piturriano— ¿no valen la pena estas cosas?

—No he dicho que no valgan, pero tratadas por ti y por éste, ya me imagino. Por otra parte, es un tema viejísimo, para no ir muy lejos, Balmes lo trató en un habilidoso libro que frecuentemente inspira los artículos periodísticos de D. Alfonso Junco, a quien Mateo Podán, el mejor editorialista de LA PRENSA, suele llamar “nuestro hermano en Jesucristo”.

–Carajo, D. Alberto, usted es un inconoclasta. De todo habla mal, contra todo refunfuña.

–Es que todo es defectuoso y yo no soy como tú, un conformista pendejo. No sé qué habrán tratado, pero el cisma luterano tiene mérito porque quebrantó la soberbia papal echándole en cara la degradación institucional de la Iglesia, su degeneración en costumbres, su política en favor del vivir temporal, comercialización de muchas cosas como las indulgencias..... El buen lutero puso al alcance de todos la lectura de la Biblia con ayuda de los hablistas hebreos..... pero no por eso, la humanidad ha ganado mucho... El Papa fue sustituido con un libro, la Biblia, y que Dios en la mejor concepción posible que de él exista, nos guarde de los hombres de un sólo libro...

–No va a decir que la Biblia vale una chingada, según acostumbra usted hablar, protestó Piturriano.

–Pues... mira, en cierto modo sí. Pero tú ¿qué sabes, cabrón, acerca de la Biblia, como no sea repetirla? Ni el hermoso discurso, hermoso como arte, no como exégesis, de Donoso Cortés, has leído, o ¿sí?

–No

—Pues cuando puedas, léelo. Que el autor sea católico, no le quita su belleza. Pero ya que como autómatas repites los textos bíblicos, pues no has leído a Strauss, ni a Renan, ni Hans Ryner... total, a nadie, dime... Pero no, me digas antes de escucharme esto: la Biblia tiene un gran valor literario, es libro poético y además libro de sabiduría, pero nunca libro de revelaciones concernientes a la salvación.

—Ahora sí, dime, y saca la Biblia que siempre traes en la bolsa: ¿Quién es el autor del Génesis?

—Moisés.

—Pues estás jodido, amigo, y no se podía esperar de ti otra cosa, puesto que te dejas conducir por este cabrón de Paluminos a quien con gusto veo llegar, porque como es pastor de almas o yo no sé que chingadas madres, nos explicará lo que tú no has podido ni podrás.

—No sé de qué se trata —se justificó Paluminos—.

—Ni yo te lo explicaré, porque no soy merolico para hacer una oratoria de vuelta y vuelta, según va renovándose el auditorio que se va juntando a oír el anuncio de las chácharas en venta; pero se trata de momento de que éste o tú, o los dos, puesto que se saben la Biblia de memoria,

me digan si no es cierto que los Capítulos I y II y 1 a 3 en relación con II, 4, implican dos versiones y tan es así, que los exégetas llaman a los autores, distinguiéndolos, Elohista y Jehovista.

—???????—

—Primer pugno, Piturriano, ¿No dice nada Paluminos? —habló al fin el silencioso Llamílez—.

—No interrumpa, baboso, —se disgustó el Jefe de la Tribu— para Paluminos tengo más importantes cosas:

—¿Qué clase de guía es Jehová hebreo que siente pasiones humanísimas, como la sed de venganza, gusto por el engaño, etc.? ¿No dice el Génesis que Dios se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra, y tuvo gran disgusto su corazón? Génesis VI, 6 y 7.

—Apúntenlo, cabrones, para que se lo metan en la pinche cabeza con sesos tan estériles como un tepetate.

Y hay más en la misma cita: Y el Eterno dijo: exterminaré de sobre la tierra a los seres que he creado, desde el hombre hasta las bestias, y todo lo que se arrastra,

y hasta las aves de los cielos, pues me arrepiento de haberlos hecho. ¿Esto es bondad? ¿Esto es sabiduría? ¿Es esto mansedumbre? Y en cuanto a la capacidad de engaño, léase en Ezequiel XX, V. 25 cómo hace decir al señor que “ha dado a los judíos preceptos que no son buenos”. La inmortalidad del alma tan cara al pagano Platón, cómo la trata la Biblia? Quién sabe si el espíritu del hombre sube hasta las alturas? Meditando sobre la condición del hombre se ha visto que es la misma que la de las bestias. Su fin es el mismo; el hombre perece como el animal, lo que queda del uno no es más que lo que queda del otro: todo es nada. Eclesiastés, III V. 17 y siguientes. Apúntenlo, pendejos, “chapas” de los textos. Para no aburrirlos, la Biblia en su parte vieja, –Antiguo Testamento–, sólo es el de un pueblo; El Nuevo Testamento es el que contiene un mensaje a la Humanidad. Para no ser injustos, emplazo a los luteranos a que respondan en alguna ocasión.

LA REENCARNACIÓN

Su grueso bastón apoyado en el suelo y pasando por entre sus piernas, lo empuña D. Alberto Trécani, que está sentado, solo, en la Banca Roja. La tarde corresponde al día dos de noviembre. La plaza de armas está vacía, porque toda la población moreliana, la población humilde, desde luego, aún no regresa del panteón cuyos silenciosos pobladores congregan –al menos los más recientes en la quieta vecindad– a los vallisoletanos que ven en el día de los muertos la oportunidad de una romería con tianguis, moles, carnitas, barbacoa que los locatarios de los principales mercados de la urbe ofrecen de puertas acá del camposanto, hasta llegar ocupando lugares marginales de la calzada fúnebre, al encuentro con el camino que saliendo de la garita de Chicácuaro, avanza hacia Los Tres Puentes.

El Jefe de la Tribu está ensimismado, pensativo, abotonada la capa dragona hasta el cuello, pues hace frío y vientecillos inoportunos hacen caer algunas hojas amarillentas del árbol que se encuentra a la espalda de la célebre banca.

Por la Mina de Oro, aparece el Mantero, el contertulio católico del célebre grupo que con sus usos lexigeográficos

propios de los arrieros airados, ha desmentido la sentencia goetiana de que en el principio era la acción, ya que allí se prefería que en el principio fuera el verbo y éste correspondiera a las más agudas intenciones del insulto.

—Buenas... —saludó el Mantero al llegar a donde estaba D. Alberto— ¿no fue al panteón?

—No, para verbenas, se puede encontrar otro sitio.

—Veo que los muertos le inspiran respeto.

—Lo mismo que un traje viejo, pero de todos modos, no considero que sea lugar oportuno para la pachanga. Usted no se igualará con todos esos cabrones mochos que van a gemir junto a las tumbas, al principio, y luego a vomitar sobre ellas, cuando están borrachos.

—Sí, son frecuentes las libaciones.

—Y no sabe usted qué quiere decir libaciones. No me explico lo pendejo que son ustedes, los creyentes, en la prédica del catolicismo, sino cuando reflexiono en que lo son: libación no es propiamente borrachera, ni siquiera beber plenamente; los griegos ofrecían libaciones a los

dioses y a sus muertos, pero probando el vino, —vino, no chinguere—, y derramando la copa sobre el sepulcro; debe recordarse que la libación era oferta dedicada al dios o al desaparecido, y no regalo para el que hacía las libaciones. La pinche Academia con eso de que el uso se convierte en ley no hace más que confesar su inutilidad cuando se trata de conservar la pureza del idioma. Tan inútil se vuelve como la Iglesia católica, rutinaria y obscurantista.

—Oiga, D. Alberto, no se exprese así, los cadáveres son seres juzgados de Dios, y por eso se respetan.

—Ah, cómo eres imbécil, y —iválgame!, te dije de tú como si la imbecilidad nos fuera común—. De Dios estamos juzgados todos, pero a la manera en que el Código Penal nos ha juzgado también, si por ello se entiende someter al castigo al infractor.

—¿Habla usted de predestinación?

—Mira, ya me estás enfadando, pendejete, ¿te parece predestinación que la ley penal defina el delito de robo, señale su pena, y que ésta se aplique a ti, cuando robes, si es que llegas a tener talento para robar?

—Es que pecamos antes de nacer.

–Chinga a tu madre.....

–No se enoje, usted siempre insulta cuando no halla que contestar.....

–Lo que voy a hacer es romperte la cabeza por hijo de la chingada, porque eres pendejo, pero de mala fe. ¿Cómo crees posible pecar antes de ser?

–Por el pecado original.

La culpa no trasciende, si fuera cierto el cuento del Paraíso. Castigar a unos por lo que hicieran otros, no sería de sabios, menos de divinos.

–Entonces ¿cómo se lo explica?

–Yo no tengo que explicarme pecados originales. Eso los animales como tú..... ¿Qué tal, Gazquita?síntese, estoy adoctrinando a este ignaro, porque de las braguetas del cura, su confesor, nada bueno ha sacado, a no ser...

–Oí lo que decía del pecado original, –contestó Gazquita, José Alvarez y Gazca– permítame explicarle al buen Mantero.....

—No, déjame el chingarlo; de otro modo diría que lo cogimos a dos manos y que la ventaja para nosotros está en que tú eres espiritista.

—Bueno —asintió la delgada voz del seguidor de Kardec—.

—Y tú —se dirigió de nuevo al Mantero, el Jefe de la Tribu—, ¿cómo eres católico y tienes tan monstruosa idea de la misericordia divina? Juzgados de Dios llamas a los cadáveres... ¿te sostienes en ello? ¿No dicen los mochos que el alma es la que se salva o se redima con las prácticas religiosas? ¿Ya les enmendaste la plana, cabrón? Te dije que para mí los muertos son como trajes viejos, y ¿no son las vestiduras abandonadas por las almas? Desmiénteme.....

—Se me había pasado...

—Pues que no se te pase, porque los pendejos no irán a ningún cielo, si lo hubiera. Bueno, pues dicen los que saben que en las existencias presentes, nuestra almas presas en los cuerpos, están disfrutando de una oportunidad de perfeccionamiento, y que como ésta, tendrán ocasiones de trabajar por su acercamiento a lo bello, bueno y justo, hasta que vayan logrando su ascensión en una escala

eterna. Entonces, lo de juzgados de Dios es puro cuento, aunque se refirieran las gentes a las almas. No es concebible en un Dios misericordioso, que condene al Infierno o premie con la gloria, ambas entidades de naturaleza eterna, según las patrañas del púlpito, a seres finitos cuyo paso por esto que llamamos nuestra vida, es fugaz como un relámpago. Sería ir contra aquello de “perdonar setenta veces siete”, sería poner límite al atributo de la misericordia que de Dios se predica. Tu pecado original son las faltas cometidas en encarnaciones anteriores.

—¡Muy bien, D. Alberto!, —se entusiasmó Gazquita—.

¿Eso es lo que entiende el espiritismo por reencarnación? interrogó el Mantero.

—Sí y que tiene de nuevo y de inadmisibile. ¿No predica la Iglesia la resurrección de la carne, es decir que resucitarán hasta esos cadáveres “juzgados de Dios”, según decías, porque en cuanto al alma el catolicismo ha dicho que es inmortal?, fíjate bien rata de sacristía, había de serlo para estar en el infierno o para gozar en el cielo, no sé de qué venturas, como tampoco lo sabes tú, ni quienes te amamantan con dogmas rancios e indigeribles. Ley de progreso rige el universo, y esa fuerza que como dijo Dante, hace mover las almas y las estrellas, no es un Dios sobre

un trono –concepción estática– sino una vigencia creadora, amorosa.

Proclo decía con razón que la ciencia era el amor de Dios por su verdad; la belleza el amor de Dios por su hermosura, y la caridad la gravitación hacia Dios por su Amor.

–¿Ah, caramba, ja, ja, ja, –se burló Nicolás Ballesteros que llegaba–, Metafísico está D. Alberto. Le está dando por su lado a Gazquita y por detrás al Mantero.

–Silencio, agitador barato, talabartero pinche, –se amostazó el Jefe de la Tribu–. ¿Qué se te atora de lo que he dicho?

–Si se pone pacífico, se lo digo, si me va a gritar y a pendejear, hay que quede, ja, ja, ja.

–Dilo.

–Cómo llegó tan pronto a la convicción de que el alma existe?

–Has dicho bien. He llegado a la convicción o sea al asentamiento intelectual, pero el espiritualismo científico pretende que hay demostraciones. Yo no las tengo y por

eso no soy espiritista. En cuanto a la razonabilidad de la existencia del alma, lo es al punto de que el viejo Paul Verlaine lo predicó un día desde su café del barrio de San Miguel, ante el gran cronista guatemalteco, Enrique Gómez Carrillo: discurrió, más todavía, que el alma se podía pesar. Tenía el Gobierno de Francia en ese tiempo, 1891, unas básculas extraordinariamente sensibles. El pobre Lelián...

—¿No dijo que Verlaine?, —interrumpió el Gato Rosales que hacía unos momentos estaba intentando intervenir—.

—Malhaya sea tu madre, gato pendejo. ¿No sabes que “el pobre Lelián” es un anagrama de Paul Verlaine?

—Y tampoco sé qué es anagrama.....

—Pues si sabes leer, cabrón, cómprate el más grande de los diccionarios enciclopédicos y no salgas de tu casa hasta que lo hayas leído todo.

—Bueno, pero no sé qué es enciclopédico.....

—Entonces, chinga a tu madre... —y el Jefe de la Tribu estaba a punto de esgrimir el recio bastón, pues ya hasta se había puesto de pie—.

.....decía que el pobre Lelían propuso que en el Hospital Brussais que tan caro le fuera, tanto que lo consideraba como uno de “sus palacios de invierno”, se llevara a cabo una trascendental experiencia. Claro que no le creyeron los doctores. Pero lo que aquel genio del arte afirmó con el cerebro estimulado por los efectos del ajenjo, lo realizaron —cuenta el autor de la Grecia Eterna y de las incomparables páginas de *En Plena Bohemia*, dos sabios norteamericanos Macdougall y Sproule, haciendo estremecer a Clemanceau, según se decía entonces, el último descreído de Francia. Según el informe de estos hombres de ciencia, colocada la cama del enfermo sobre uno de los aparatos finísimos que usaban los Bancos para pesar el oro y que marcaban en una tonelada diferencias de medio gramo, los observadores siguieron minuto por minuto, segundo por segundo las fases de la agonía. Ninguna secreción posible está sin control científico. La aguja de la báscula oscila, pero no varía. En el momento supremo, según el informe, el brazo de la balanza bajó con rapidez, produciendo un choque sobre la plataforma de sustentación. El cuerpo había perdido en peso 28 gramos. Se hicieron nuevas experiencias con resultados semejantes, y pudiendo atribuir la baja al escape de aire, se pesó el aire, medio litro pesaba 10 gramos, y en todas experiencias semejantes la pérdida de peso rebasó esa cifra.

Además, los experimentadores subieron al aparato y aspirando a plenos pulmones, no obtuvieron modificación en la posición de la aguja registradora del peso. Se concluye, pues, que al morir el hombre, se separa de él una sustancia que pesa, si bien carece de la forma y otras propiedades de las sustancias conocidas.

—¿Entonces, el alma es materia? —objetó del Mantero—.

—Seguro que sí. Nadie, razonablemente, puede decir, lo contrario, salvo aquéllos que obedecen el dogma y desconocen la unidad del Universo. Todo es uno y lo mismo, se ha dicho, y todas las cosas y los seres tienen una misma naturaleza, sino que en diferentes estados evolutivos. El alma es eso, materia en un estado de evolución muy elevado. Los negadores... castigaron a Galileo, porque enseñaba que la tierra se movía. Pero ya estuvo bueno, por hoyMe marchó... y no vayan a hablar mal de mí en ausencia, no sean hijos de la chingada.

Y el Jefe de la Tribu de la Banca Roja se marchó a su casa. Empezaba a caer una llovizna que empañaba los vidrios de las farolas con que estilizaban, cubriéndolas, las lámparas eléctricas del alumbrado de la plaza.

LOS POETAS

La brillantez del sol ha ido disminuyendo aprisa en las últimas horas de la tarde. Es diciembre. Se presiente una noche muy fría. Sin embargo, la plaza principal rebosa de entusiasmo. Las gentes ambulan por los portales que enfrentan tres lados del jardín. Ven aparadores o toman refrescos en las mesas que la Dulcería del Paraíso en su demarcación comercial o el Hotel Casino en la suya, han colocado adosadas al muro del fondo, o bajo las arcadas. En el portal Matamoros, en el del Palacio de Justicia –¡Oh la Diosa vendada que no podrá atender así el fiel de su balanza–, y en el de la Mina de Oro que termina en “EL PUERTO DE LIVERPOOL”, se oye como un inmenso coro de pajarillos: son voces de mujeres que rodeadas de sus hijos, buscan la chuchería, la piñata, las frutas, los adornos, los “misterios” para las celebraciones navideñas. Y tienen donde escoger: en largas barras están suspendidas piñatas que remedan viejos ventrudos –noble ocasión de las ollas viejas y de los cántaros rotos para cooperar a la euforia del hombre–, graciosos jorobados, rebanadas de sandía, cornucopias –inspiradas en el mito del cuerno de la abundancia–, estilización de soles y de lunas, al uno que otro muñeco a los que las gentes, ya sea por la intención de sus modeladores o por asociación de

imágenes, los encuentran parecido con algún usurero, con algún empleado antipático, con algún pisaverde conocido, con algún gobernante bribón. Sobre el suelo en inseguras plataformas de bancos y tablas, los locatarios eventuales exhiben sus varias mercancías y destacan las ofertas de colaciones-erizas esferas de varios tamaños y colores; frutas secas y de la estación: cacahuates, cañas de azúcar, limas, naranjas, guayabas, tejocotes, jícamas. No ceden en variedad los puestos de juguetes y figurillas de barro para los “nacimientos” ni los vendedores de rústicos ornatos: pequeños ejemplares de cactáceas y agaves: nopal, órgano, maguey, musgos y algunas trepadoras. Algunos merceros expedían paquetes de velitas multicolores y diminutas cuya duración estaba calculada para las procesiones de las posadas.

En el resto de la ciudad, bullanguero movimiento, y allá en los cielos vesperales, un incendio de luz. Al pardear de la tarde y desde Villalongín, las Torres catedralicias parecen dos salamandras erectas entre las llamas del crepúsculo.

Don Alberto Trécani, el Jefe de la Tribu de la Banca Roja, hace tiempo que ocupa la sede habitual, la conocida cátedra de su pontificado: la inolvidable Banca donde las mentadas de madre alternaron con las citas del Evangelio

y con las sentencias de los sabios; y las expresiones más agresivas con las más dulces palabras para los niños, para la mujer, para los pobres de espíritu. Con la espalda apoyada sobre el águila que en el respaldo del asiento imita un repujado de fina bordadura, las piernas juntas, brevemente estiradas hacia adelante. La cachucha de piel de huinduri protege la fuerte cabeza del vientecillo fresco que inicia su soplo. El grueso bastón descansa apoyado en el borde del asiento, junto a su pierna derecha. Hace minutos que el Jefe de la Tribu ha estado contemplando el movimiento placero en el sentido que ese movimiento adquiere en las vueltas y revueltas de los compradores o de los curiosos. En la banca correspondiente a la suya, al filo de la andadera que da al piso del tránsito, un muchacho como de 15 años, ha rechazado varias veces al vendedor de muéganos y con un poco de más energía al insistente comerciante de las pepitas tostadas y al insoportable billetero que ofrece la buena suerte para el próximo sorteo de la lotería de Michoacán, de Branch Simons. El adolescente, molesto porque no le han dejado disfrutar la lectura del volumen que parece interesarle, se cambia a la Banca de D. Alberto. Se han encendido las lámparas del alumbrado.

DON ALBERTO. Hay moscones que le hacen a uno la vida insoportable. ¿No es así amiguito?

EL JOVENCITO. Así es, Señor, no he podido saborear una sola página.

DON ALBERTO. Descanse, no estudie tanto; a menos que sea de los escolapios que no disponen de luz para dedicarse a los libros en su recámara.

EL JOVENCITO. Estoy de vacaciones. Soy seminarista (los ojos verdosos del Jefe de la Tribu relampaguearon encendiendo una luz ensangrentada, pero fue sólo un segundo) y salí a vacaciones el 29 de septiembre...

DON ALBERTO. Para entrar.....

EL JOVENCITO. El 29 de noviembre.

DON ALBERTO. El seminario ha tenido muy buenos hombres de letras. Segale, Placencia y creo que entre los muchachos de ahora anda por allí un José de la Luz Ojeda que es una verdadera alondra.

EL SEMINARISTA. Así es, Señor, y tenemos también a D. Miguel Madrigal y con enormes simpatías a D. Manuel Muñoz, orador que arrastra multitudes. Sus sermones atraen a tirios y a troyanos.

DON ALBERTO. Nosotros también tenemos algunas promesas. Luis Mora Tovar, Jesús Sansón Flores, Pablo G. García, José García Marcial (este normalista promete mucho). En la época actual se está desatando una epidemia de vercerillos, pero en realidad POETAS, así con mayúscula, creo que.....

EL SEMINARISTA. ¿Cree usted que hay poetas grandes y pequeños?

DON ALBERTO. De ninguna manera. El poeta es igual al poeta, así como los filósofos dicen que el héroe es igual al héroe y el genio es igual al genio.

EL SEMINARISTA. ¿Entonces qué se concluye?

DON ALBERTO. Que los valores son heroicos. Son o no son. Los poetas son poetas o no lo son.

EL SEMINARISTA. Bueno, vamos ejemplificando: ¿quiénes son poetas para usted?, digo, según su criterio.

DON ALBERTO. Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Anacreonte, Lindaro, Virgilio, Dante.... y sólo presento nombres por satisfacer su deseo, porque enumerar es peligroso por el peligro de omitir.

EL SEMINARISTA. Entonces, Rubén Darío, Amado Nervo, Lugones, Manuel Acuña, Los Machado, López Velarde... ¿no son poetas?

DON ALBERTO. Créame, amigo que se me llena el corazón de alegría al ver que un seminarista es gente de lecturas heterodoxas, sin esclavitudes espirituales. Además, es usted muy joven y conoce muchos autores.

EL SEMINARISTA. D. Miguel Madrigal y el propio José de la Luz Ojeda que en ausencia del catedrático titular a veces nos da lecciones, han despertado mi interés por las bellas letras, y José García, un compañero de Apaseo, guanajuatense, me ha prestado los libros que ciertamente tengo que leer a escondidas.

DON ALBERTO. Está usted robando mis simpatías... Pero volvamos al asunto. Los escritores que me ha citado sí valen como poetas, porque alcanzan la altura de la inspiración de los que cité yo, sino que con diferente meta para el deseo de expresar. Ellos han escogido su temática de acuerdo con su filosofía y su sensibilidad. Su técnica y su numen no son limitados, sólo los asuntos.

Los poetas son creadores en la expresión o sea no porque dan origen a las cosas que aluden, sino por la visión

que logran de ellas y el éxito verbal al transmitirla. Se valen de metáforas —ennoblecedoras de la realidad—, y algunas veces la metáfora es parábola y otras alcanza las dimensiones de una alegoría y la alegoría puede ser muy extensa.

EL SEMINARISTA. De acuerdo, pero ¿no debe ser el arte desinteresado? ¿El interés en la producción artística no destruye la esencia estética?

DON ALBERTO. No. Un arte sin fines es inconcebible; lo que pasa es que los fines no deben ser comerciales; pero fines sí que los hay y debe haberlos; lograr el júbilo, la dicha, el entusiasmo que es divinizarse, ¡entusiasmarse, decían los griegos!

Si el aspirante a la designación de poeta no logra en las almas estos efectos, está liquidado. Entre los señores que usted citó le admití a López Velarde, por no contradecir que los poetas son iguales, por la esencia de su canto, aunque no tenga más tamaño que un lied; pero el jerezano es cantor de cosas, a veces, que reducen si no, es que no alcanzan el júbilo; canta no sentimientos, sino sensaciones. Recuerde “la canela y el membrillo” y lo “suave” de la patria, las “campanadas como centavos en el seno de la alcancía”. Sólo sensaciones y sensaciones intrascendentes, para

laboratorio de Psicología, pero no para el deleite humano ni la inteligencia ni el corazón gozan con ello.

EL SEMINARISTA. Tampoco a mí me gusta el total de sus poemas, pero como usted dice, no se juzga poeta a alguien por el volumen de la obra, sino por “los tres heroísmos en conjunción: sentimiento, expresión pensamiento”, cuando se encuentran en el acervo, aunque sea como excepciones.

DON ALBERTO. Magnífico, mi futuro prelado. Me refiero a un obispado de las letras, como dice Nervo: Obispo in partibus de Quimera y Utopía.

Toda esta plática la han estado escuchando muy discretos los miembros de la Tribu, silenciosamente, sin saludar siquiera, acomodándose en la Banca o quedando de pie en rededor de los interlocutores que sí están sentados.

OTHÓN SOSA. ¿Me permiten una pregunta?

DON ALBERTO. Hazla.

SOSA. ¿Puede decirme qué poesías le agradan, D. Alberto?

DON ALBERTO. Bueno. Quizá tu malicia quiera ir a dar al relativismo del gusto, para refutar el concepto esencial de la poesía. Te advierto que el gusto no es todo en la apreciación estética. Y no lo es, aunque lo aleguen los pendejos, y eso con la mala fe de no querer ser humildes para confesar su atraso, porque el gusto está determinado por el grado de desarrollo orgánico y cultural del sujeto que imaginemos como receptor del mensaje artístico. A un sordo le es difícil disfrutar una sinfonía; a un ciego o de vista defectuosa, un cuadro, una escultura; a un analfabeto se le atorará la poesía, porque llegará a entender las palabras, pero no su valor metafórico y menos su destino normativo hacia el bien, hacia la verdad, porque verdad y bien, son objetos del arte, puesto que otorgan repiques cantarinos en el corazón e iluminaciones extáticas en la inteligencia. En cuanto a tu deseo, te citaré a los hermanos Machado, por sugerentes; a Acuña por lo trascendente de algunos de sus poemas; a Nervo por sus nobles predicaciones.....

SOSA. ¿No recuerda algo de ellos? No se vaya a enojar, pero usted siempre nos ha ilustrado.

DON ALBERTO. Mi memoria no puede presumir de una retentiva.....

EL SEMINARISTA. Yo recuerdo por lo menos los asuntos y uno que otro verso. Tomemos a Antonio Machado: “Daba el reloj las doce/ y eran doce golpes de azada en tierra/.

¡Mi hora! —dije—/ pero el silencio me respondió: No temas,/ vivirás muchas horas todavía/ sobre la orilla vieja/ y al despertar, una mañana hermosa/ encontrarás atada tu barca a otra ribera”.

El poeta hace una ALEGORÍA DE LA MUERTE. En cuanto a las “sugerencias” de que habla el señor Trécani, considero que pueden ser de tipo pictórico; “mi patria es el recuerdo de un patio de Sevilla” y en el orden intencional, está el caso de la aventura galante del conde que “seda y linos, a las damas galantea y a los hombres zahiere —madrigal y epigrama—”. Al círculo en que hace de las suyas el noble y garboso doncel se acerca un pajecillo y le dice que una dama lo cita en su camarín, pero que la discreción exige —le está hablando aparte y al oído— que se deje cubrir los ojos. El Conde palpa con disimulo los finos puñales que lleva al cinto, y se retira del corrillo, al lugar en que el paje ha de vendarlo. Cuando marcha tras él, que lo conduce como un lazarillo, en una esquina del pañuelo que le impide ver, se perciben en fino bordado las armas reales. Asimismo recuerdo aquello de: “¡Pobre pajecillo,

EL SEMINARISTA. Yo recuerdo por lo menos los asuntos y uno que otro verso. Tomemos a Antonio Machado: “Daba el reloj las doce/ y eran doce golpes de azada en tierra/.

¡Mi hora! –dije–/ pero el silencio me respondió: No temas,/ vivirás muchas horas todavía/ sobre la orilla vieja/ y al despertar, una mañana hermosa/ encontrarás atada tu barca a otra ribera”.

El poeta hace una ALEGORÍA DE LA MUERTE. En cuanto a las “sugerencias” de que habla el señor Trécani, considero que pueden ser de tipo pictórico; “mi patria es el recuerdo de un patio de Sevilla” y en el orden intencional, está el caso de la aventura galante del conde que “seda y linos, a las damas galantea y a los hombres zahiere –madrigal y epigrama–”. Al círculo en que hace de las suyas el noble y garboso doncel se acerca un pajecillo y le dice que una dama lo cita en su camarín, pero que la discreción exige –le está hablando aparte y al oído– que se deje cubrir los ojos. El Conde palpa con disimulo los finos puñales que lleva al cinto, y se retira del corrillo, al lugar en que el paje ha de venderlo. Cuando marcha tras él, que lo conduce como un lazarillo, en una esquina del pañuelo que le impide ver, se perciben en fino bordado las armas reales. Asimismo recuerdo aquello de: “¡Pobre pajecillo,

sin armas al cinto, con talle de lirio! Vagar vagamente la reina lo ha visto cerca del castillo”.

DON ALBERTO. Eso es expresarse, jovencito.

RESÉNDIZ. Debemos dar las gracias a este joven por la sabrosa plática que ha sostenido con D. Alberto. Pero yo quisiera preguntar algo.

DON ALBERTO. Pregúntalo.

RESÉNDIZ. La temática de los poetas ¿ha de dedicarse sólo a la galantería, a la descripción de guerras, paisajes, sentimientos religiosos?

DON ALBERTO. No. La originalidad de visión engendra la originalidad de expresión; los poetas ven un mundo nuevo y sus expresiones son nuevas por ello. Si se canta a la mujer, es porque le dio la vida una perfección plena, y avasalla cuando es fiel a ella, cuando no la prostituye, cuando es “misteriosa”, según el pensamiento de Platón. Hay cosas que son más fáciles de idealizar que otras, y los logros de idealización se extienden a todo.

Por eso la degradación de lo amable al campo de la diatriba y del odio, hacen algo satánico, destructivo, en

que no hay belleza, porque carece de la capacidad de deleitar; engendra inquietud, pero no armonía.....

Hasta luego, señores, me marchó. Voy a disfrutar de las estrofas de alegría que estarán ya cantando mis nietos en torno a un nacimiento, o jugando en el patio en espera del momento de quebrar la piñata. Una última cosa: este seminarista pronto será de los nuestros. Tengo algo de poeta y los poetas tienen algo de profeta, según el vulgarismo de los críticos.

LA DEMAGOGIA

GABRIEL ROSALES. Yo digo que demagogia es, y también lo dice el diccionario, conducción del pueblo, y por consiguiente, demagogo es el que conduce al pueblo. Ballesteros se empeña en que demagogia es la degeneración de la democracia.

BALLESTEROS. Así es, y lo sostengo: ¿no creen ustedes lo que dicen los libros? Pues en muchos he leído que la demagogia se define como democracia degenerada.

Expectación en la tribu que asiste a la Banca, casi completa.

DON ALBERTO TRÉCANI. Las dos cosas son ciertas. La significación de la palabra, estrictamente considerada, es la que dice Rosales, pero la teoría política explica lo que afirma Nico.

ROSALES. Pero la verdad no puede variar. Si varía, no es la verdad.

DON ALBERTO. Ya vas a empezar, Gato embrollón. Las palabras tienen una significación más o menos

inocente, pero a veces van cargadas de intención, la intencionalidad opera y su connotación resulta modificada.

ROSALES. Sospecho que el embrollón es usted, porque yo veía claro lo que venía diciendo y ahora ya no es así.

DON ALBERTO. No me extraña, y ello prueba lo que estoy diciendo: que la intención cambia los significados. Lo teórico no es lo mismo que lo amanoal. Y me anticipo, Gatito: lo amanoal representa una actitud no intencionada en el conocimiento; éste se obtiene sin esfuerzo cognoscitivo, por simple percepción lo teórico es la actitud apetitiva del investigador que quiere conocer, que reflexiona para lograrlo.

No vez claro ya, porque empiezas a meditar en lo dicho y en lo que te dicen. Pero vamos a ver: ¿Cómo se puede conducir a un pueblo?

ROSALES. Guiándolo.

DON ALBERTO. Buena está ésa; es como si dijeras que conduciéndolo.

Nunca uses para definir un término, un derivado o muy semejante al que quieres definir.

OTHÓN SOSA. Entonces, dile que arriándolo, o gamarreándolo.

DON ALBERTO. Pues nos has ayudado, Changuito, aunque quieras hacer chungu.

SOSA. No use palabras semejantes para esclarecer una. ¿No dices que eso es malo?

DON ALBERTO. Maldito seas; pendejo; chango, chungu y chingu no son semejantes, sino en el sonido.

SOSA. A lo que te truje. Sígale. Y en cuanto a lo de Chango, dígalo por usted mismo. ¿O no soy su semejante? ¿Ese mote le enseñaron a decir como predicador de “la santa palabra”?

DON ALBERTO. Cállate el hocico. Tú eres de los que hacen cosquillas a mi bastón. Y no es que rehuya chingarte, sino que nos estás haciendo perder el tiempo.

FIDENCIO RESÉNDIZ. Déjelo y continúe. Creo que sí vale la pena discutir el asunto.

DON ALBERTO. Aristóteles en su política habló de las tres formas clásicas de gobierno: la Monarquía, la

Aristocracia y la Democracia; la primera degenera en tiranía; la segunda en oligarquía y la tercera en demagogia. Sí es la demagogia una manera de conducir al pueblo, sino que iba —y por eso hice la pregunta— a decir que eso puede hacerse de manera moral o de manera criminal. La enseñanza, la doctrina, el ejemplo, la energía, el convencimiento, la deliberación, he ahí cómo dirigir a los pueblos; demagogia es dirigirlos halagándoles sus malas pasiones, despertándoles y cultivándoles sus bajos apetitos, dejarse conducir por ellos, aparentemente y en un principio, porque en realidad se les está guiando al mal, y digo que en un principio, porque a poco tiempo de desencadenados los animales instintos, ya no es posible más que seguir a los pueblos o ser su víctima. ¿Entendido?

SOSA. ¿Y qué es lo bueno, y qué es lo verdadero? Dicen que cuando Pilatos, educado en la Filosofía Griega le preguntó a Jesucristo: ¿qué es la verdad?, el Maestro no respondió.

DON ALBERTO. No seas sofista a la rústica. No respondió, porque Pilatos no era autoridad para interrogarlo, porque simplemente polemizaba al estilo helénico, con frivolidad, y Jesús predicaba palabras de salvación. Por otra parte, y es la razón principal, ya lo había respondido con antelación, en la ocasión en que

dijo “Yo soy el camino, la verdad y la vida”. Era la verdad del ejemplo, ofrecía el testimonio de su vida en respaldo del contenido de su prédica: Amaos los unos a los otros; a tu prójimo como a ti mismo.

ROSALES. Ahora me acuerdo de que el Maestro quería que perdonáramos setenta veces siete veces y que amáramos a nuestros enemigos. Eso está fuera de la naturaleza humana y exigir eso ¿es bueno?

LA TRIBU. RISAS Y COMENTARIOS FAVORABLES AL GATITO ROSALES.

DON ALBERTO. Me da gusto que hayas leído Los Testigos de la Pasión Papini, porque estás presentando los argumentos del diablo. Pero debes también leer algún epítome de Filosofía para que sepas que la Ética responde a tus últimas objeciones con la validez de los imperativos categóricos.

EL GATITO ROSALES. Y ¿eso con qué se come?

DON ALBERTO. No puedo exigirte que lo sepas: Un imperativo tal es un mandato absoluto, sin excusas ni pretextos debe acatarse. Sin pedagogía, dicen los enterados.

Su validez, es decir, su verdad, se constata por el supuesto de que si se acata universalmente, NO DERIVA DE SU CUMPLIMIENTO NINGÚN ABSURDO; no proviene ni contradicción ni mal alguno. Reflexionen que lo dicho se ve claro pensando que TODOS AMAMOS A NUESTRO PRÓJIMO COMO A NOSOTROS MISMOS; QUE TODOS AMAMOS A NUESTROS ENEMIGOS. ¿Qué mal resultaría de ello?

FIDENCIO RESÉNDIZ. Les recuerdo que ya se olvidaron de la Demagogia.

ROSALES Y OTHÓN SOSA, HABLANDO CASI AL MISMO TIEMPO. Pues no, porque se trataba de explicar cuál es el bien y cuál es la verdad con los que debe conducirse a los pueblos.

DON ALBERTO. Exacto, y esa verdad y ese bien, son los de la explicación. No hay más que una moral. Mienten los que digan que la hay pública y que la hay privada.

ROSALES. Entonces ¿Jesucristo era un buen político?

DON ALBERTO. El mejor de todos, pero no pienses en la política ordinaria, porque está sujeta a una moral, económica, limitada, y la de Jesucristo era la absoluta, con

ella quería hacer ciudadanos del reino del espíritu, donde la perfección suprema es el supremo bien.

ROSALES. La política ordinaria ¿es inmoral?

OTHÓN SOSA. Te ha dicho que es limitada, no inmoral.

DON ALBERTO. Así es, Changuito. Las leyes que rigen los estados contienen un mínimo de moral. El imprescindible para la convivencia. Se dedica esa moralidad a hacer ciudadanos ordinarios, terrestres, no santos. Eso queda a cargo de cada conciencia, de conjuntos específicos. Algunos creen que de eso deben ocuparse las religiones.

OTHÓN SOSA. ¿Y por qué no incluir en la legislación los preceptos con plenitud de contenido?

DON ALBERTO. Buena pregunta. Porque serían inoperantes y el que divulgara la plenitud de exigencia moral en las leyes, sería justamente un demagogo, un engañador porque le ofrecía al pueblo algo incumplible y una utopía no beneficia al pueblo, sino al demagogo, que se regodearía con el poder en la mano, dedicándolo a fines despóticos, personales.

SOSA. Pero ¿predicar en pleno una moral, es algo malo? ¿Sería conducir mal al pueblo?

DON ALBERTO. Ya está contestada tu pregunta. No es que sea malo enseñar una doctrina e invitar a practicarla. Ya dije que a eso se dedican las religiones, pero ninguna ha logrado su fin. Lo malo es que halagar la esperanza desorbitada y crédula del pueblo, pecado común a todos los malos directores de masas es algo avieso o bien ingenuo, es algo sólo bueno en apariencia o en abstracto, porque se les lanza a la fe ciega, al providencialismo divino en religión; al providencialismo político en la vida pública. Los políticos utilizan el TIBI DABO del diablo en el Monte de la tentación: TE DARE.

ROSALES. Pero las leyes no deben ser estáticas.

DON ALBERTO. Tampoco tan dinámicas que sean pura ilusión. Se necesita postular metas seguras, alcanzables, a la vez que cultivar ideales o metas supremas, pero no dar al pueblo las segundas –amor de las estrellas– sin nada de las primeras, porque eso es dar atole con el dedo, según lo dijo el viejo D. Luis Cabrera.

OTHÓN SOSA. Las Revoluciones... creo que han conducido bien al pueblo.

DON ALBERTO. Te pondré el ejemplo de la República de Tlacnuaquetzaloyan —donde se arrodillan— como caso de estudio, y así contesto: Juzga las revoluciones por sus frutos. Observa la agricultura. Las Industrias, el comercio. Puedes detenerte en analizar los problemas del subsuelo, los del capital —económicamente hablando—, la deuda exterior, la legislación —realidad y preceptos—, el analfabetismo, la mísera instrucción de la niñez y la cantidad de niños sin escuela, la organización de los trabajadores, los salarios, la domesticación sindical al servicio del político; los ministerios o secretarías sin iniciativa, la baja moral pública; la crisis del sufragio; la centralización (antiguo centralismo); cámaras de: Vaca, si-Vaca, no; el bozal parlamentario; las infiltraciones rojas y blancas, davídicas y ginebrinas en las administraciones... Días hubo para manufacturar criminales, porque eran los que hacían las revoluciones y no los pacatos hombres de bien, que resultaban “genios del mal”. ¡Qué cosa tan grave: las unidades económicas convertidas en unidades políticas!

La gran hacienda con contratos de trabajo en progresivo logro de prestaciones habría sido el golpe, no la atomización que nadie quería. Por haber llegado al ejido unos campesinos primero y otros después, se perfiló en potencia la primera división de las comunidades agrarias. Pero los demagogos querían tener a los campesinos

pendientes de su providencia sargentos a lo sumo por su calidad en el ofertorio de su preciosa sangre a la Revolución, saltando de un bando a otro –querían ser generales de División, ser gobernadores y luego presidentes de la República–. Además, se armaba a los campesinos para que defendieran las instituciones y se les dio la quijada del asno con esas armas.

¿Cuál es el estado de la propiedad rural? Uno en que nadie tiene confianza y en consecuencia nadie la trabaja sino por excepción. El crédito, la usura, el coyotaje, todo anda revuelto. La garantía sindical cierra las puertas a los capaces porque no son sindicalizados, y no hay poder que los haga ser recibidos en los sindicatos (cláusulas en favor de los parientes y descendientes de los sindicalizados). ¡Derecho al trabajo, pero sin oportunidad de trabajar!

Se hacen aristocracias del salario, se inamovilizan los ineptos o los irresponsables. Y todo porque hay que fortalecer la comparsa de la democracia dirigida.

ROSALES. No hay que ser pesimista, esa Revolución en la República de Tlacnuaquetzaloyan ha traído mejoras innegables; la política es institucional, la economía avanza...

DON ALBERTO. Se dijo alguna vez que la Dictadura era buena, y en comparación con Argentina, estábamos atrás, sin que allá hubiera existido un D. Porfirio en el poder: eso aparte de que Justo Sierra decía que todo lo tuvo Atenas bajo Pisístrato ...todo, paz, prosperidad, bienes materiales, menos lo que da valor a todo eso, una auténtica libertad... Todo lo que no mejore substancialmente al pueblo real, al pueblo que es estómago vacío, pies descalzos, cerebros en blanco, sentimientos de inferioridad, y se diga que se hace para el bien público, es demagogia. Los pueblos no son membretes, ni camarillas privilegiadas. Amigos, se hace tarde. La demagogia en toda la historia, ha consistido en utilizar al pueblo como instrumento para llegar al poder y conservarlo, valiéndose del engaño, de la farsa, de la mentira –convertido todo ello en halago–. Los demagogos son los políticos más peligrosos, porque son traidores vestidos con sayas de redentor, lobos con piel de oveja.

¿Cómo creer que son agraristas quienes no dan la tierra al campirano, sino una posesión precaria, híbrida, sospechosa, insegura y fincan ejidos según su conveniencia o capricho, sin ninguna garantía, sin técnica alguna, carentes de todo auxilio, y a veces ni ejidos quieren dar hasta salir oficialmente del gobierno para dejar al sucesor la rebatinga de la malintencionada y mal hecha

distribución de tierras y el impacto fiscal de segar una fuente de ingreso al hacer el fraccionamiento? ¿A quién habrá de quejarse el campesino? ¿Qué ley lo amparará contra sus enemigos naturales y los artificiales –otros campesinos– que les ha echado encima el demagogo? ¿A quién beneficia este desgarrate?

LA TRIBU, hablando sus miembros en diálogos separados, pero atentos a las ideas centrales de la conversación, levantando la voz y arrebatándose a veces la palabra.

DON ALBERTO. Buenas noches a todos. ¡Qué lleno de enseñanza está el ejemplo que nos proporciona la historia de la República de Tlacnuaquetzaloyan! –donde se arrodillan–, debida al talento incomparable de Nachus Ineptus. (Nachus Ineptus. Existió algunos miles de años antes de Jesucristo).

NICOLÁS BALLESTEROS. Ja... Ja... Ja.

Moreno, ha sido Jefe del Departamento de Acción Cívica y Orientación Socialista y Secretario de Educación, respectivamente.

Fue Maestro, durante 8 años, en la Universidad Nacional Autónoma, y sirvió Cátedras de Introducción a la Filosofía e Historia General de la Pedagogía en la Institución del Lic. Adolfo López Mateos, quien al asumir el cargo de Primer Magistrado de la Nación, lo nombró Asesor de la Presidencia de la República.

En el Estado de México, durante la administración del Lic. Isidro Fabela, dirigió en Toluca el periódico ***El Demócrata***. Más tarde fue Director de ***El Diario de Toluca***, hoy ***Sol de Toluca***.

Entre otras, ha publicado las siguientes obras: ***La mujer en el drama del mundo, Homenajes, Instantáneas, La banca roja, Churingo, Estética, Ética y El viejo Morales***.

